

MANUEL GUTIERREZ NAJERA

(DUQUE JOB)

Nació el 25 de Diciembre de 1859, en la casa núm. 1 de la calle del Esclavo.
† el 3 de Febrero de 1895,
en la casa núm. 5 de la calle de los Sepulcros de Santo Domingo. México.



FEBRERO DE 1906.

REVISTA MODERNA DE MEXICO

DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUETA

ALREDEDOR DEL LECHO



M. Gutiérrez Nájera, á los ocho años.

Allí, en la alegre casita de abierto corredor, en el que jugueteaba la princesa de blondos cabellos y mirada color de pálidas esperanzas —la que cantó el poeta de los amplios horizontes, las frescas praderas y los arbustos cuajados de rosas blancas:

Verdes los ojos son de la hechicera
Niña, y en ellos tiembla la mirada
Cual onda virgen de la mar viajera
Presa al pasar en concha nacarada; —

allí, en la incierta semi-obscuridad de las cosas idas y de los espíritus que se alejan, el excelso artista se nos moría por momentos, penetraba lentamente en la gran sombra, iba aflojando los lazos que lo prendían á nuestro lado, tendía su ala salpicada de luz hacia la inmensa región de lo ignorado.

Rocío matinal irisaba las matas de las enredaderas: diríase que también ellas sentían y lloraban; soplos tibios de una primavera naciente —de la sublime vencedora que sacude hilillos de vida, y con ellos teje manto sutil y policromo— flotaban en lo alto, en

lo profundo del lago azul del cielo, y en la calle el salmo de la existencia revoloteaba en ondas rítmicas, iba y venía en su vaivén constante y vago, como el eco de muchas cosas sin conciencia que cumplen su ley inexorable de perduración eterna. ¡Ah, cosas sin alma! como os llamó el poeta —crueldad siniestra hay en vuestra fría impassibilidad, parece como que invisibles ojos nos acechan en la penumbra y labios convulsos dibujan risa irónica é infame: aquel reloj que mueve acompasadamente sus manecillas y os sirve para medir el tiempo que ha de pasar antes de acercarse á la boca del amado enfermo la copa que ha de calmar su delirio, se carcajea sigilosamente; la lámpara que ilumina con su tenue claridad vuestro dolor, cierra á veces sus párpados como haciéndoos un guiño malicioso; hasta el mismo sol juega insolentemente en el tapiz del suelo, tendiendo listones y arabescos, deslizándose por entre las rendijas de la celosía, loqueando travieso en danza de resplandores.



M. Gutiérrez Nájera, á los quince años,

¡Qué inacabables, qué eternas estas noches en las que se asiste á la agonía de un espíritu! Parece como que el día se ha olvidado de los que sufren, y que la tiniebla los va envolviendo en un sudario para no devolverlos nunca más á la vida. ¡Oh! las almas enfermas, las almas de los que se quieren ir, deben aprovechar estos momentos de negrura para no ver á los que aman, para no apartarse de ellos cuando se asoman á los ojos. La despedida en la sombra, el adiós en el silencio, ha de ser menos triste que á plena luz, cuando las miradas se buscan y los brazos se tienden

Y allá, en la alegre casita de la niña rubia y el corredor henchido de matas de rosa, muchos brazos se tendían, asiendo al alma náufraga; muchos ojos se buscaban, muchos alientos se confundían, ¡la vida! ¿Qué cuesta, Señor, un rayito de vida para rehusarlo? Espíritus buenos que os bañáis en un efluvio del amor divino, la vida para vosotros es género de caridad que á todos aprovecha, porque la vida de los buenos se deshace en porciones bienhechoras, como la nube en lluvia, y el dolor en lágrimas, y la luz en haces. Y por eso, alrededor de aquel lecho se agrupaban los cariños, formando como una bóveda sagrada, impenetrable al trágico espectro que avanzaba recatadamente, envuelta en la clámide de las tinieblas.

¡Ah! si nosotros hubiéramos podido, con pedacitos de nuestra vida, elaborar una nueva existencia para ésta que se nos huía, para esta alta y noble existencia, consumida pedazo á pedazo en la dura labor diaria, en la lucha de cada veinticuatro horas, malbaratada, arrojada á manos llenas, aquí y allá, en la hoja diaria, en el *bric-à-brac* de la política, en la crónica de arte. . . . ¿Descansar? ¡Ah! la primera vez que Manuel Gutiérrez Nájera descansaría iba á ser ahora; ¡qué cruel descanso! —Se nos estaba muriendo hace mucho tiempo y nosotros no lo sospechábamos: lo veíamos rozar á nuestro lado, «pantalón claro, levita negra, con un clavel rojo en el ojal, narigudo, algo más que narigudo, un *porfirista* apagado en el

rincón de la boca, bigotes de eléctricas púas, ojos de Juno». . . . Y se moría este alegre de la vida, este feliz dilapidador de fuerzas, obrero de la inteligencia que á cada nuevo amanecer había menester excitar sus nervios, repujar la frase, labrar mármoles, cascabelear el *humor*, muy aprisa, muy aprisa, como van los muertos en la balada alemana.

Y era feliz; él lo dijo en el primer artículo que apareció en esta *Revista*: «Somos —hablaba de él y de mí— incurables enamorados de lo bello. Sentimos ambos la dicha de vivir porque tenemos casa, y en la casa buenos seres que amamos y buenos libros que leemos. . . . » Y había así vivido

quince años esperando el *porvenir*, ¡él que para hacer hablar á esta esfinje le hubiese bastado una media docena de preciosidades literarias! —«Espera, espera, aún no es tiempo,» murmuraban en su oído esos obsequiosos consoladores que acusan á la juventud de impaciente. Para el porvenir no era aún tiempo, para la muerte sí lo era; aquél decía: aguarda; ésta: ¡ya eres mío! ¡Oh, Manuel! ¡Oh dichoso de la vida! Tus dos cabecitas rubias, tus *buenos seres*, esos que amamos, esos sí que te han dicho: «¡espera!» ¡Y has esperado!. . . ¡Cuántos besos voy á darlas mañana!

México, 30 de Enero de 1895.

EL FUNDADOR DE LA "REVISTA AZUL"

Acabo de dejarlo en su lecho de tierra blanda, la última paletada ha caído sobre el pobre cuerpo, los grupos, tristemente silenciosos, se han dispersado como aves errantes, he visto ojos regados de lágrimas y labios convulsos. . . . y todavía no quiero creer en su desaparición eterna. No! prefiero pensar que ahora viaja, viaja por esos países que él quería recorrer, peregrino sublime de espectáculos nuevos. ¡Es mentira! No nos falta ese buen compañero, ese alegre camarada; un día, tocará á mi puerta, lo veré envuelto en el empolvado abrigo, el puro arrojando nubes azuladas, el rojo clavel en el ojal . . . ¡Sí, es él! Amigos, alegrad vuestro espíritu, ceñid, ¡oh rubias doncellas! de azahar las albas frentes, volcad

las campanas en himnos gigantes, tejed ramilletes de flores blancas. ¡Ah, Poeta! ¡Ah, Hermano! ¿Cómo has podido permanecer tanto tiempo apartado de nosotros? Llega, llega luego á caldear tus ateridos miembros á la hoguera de nuestro amor: la llama revolotea alegremente en el hogar, la copa pasa de mano en mano, afuera hay frío para las almas solas; llega, buen ausente al lado de los tuyos, de los que te esperan siempre, de los que se impacientan por oír tu voz y darte la bienvenida, ¡oh viajero de comarcas desconocidas! ¡oh caminante de regiones ignoradas. . . .

Sí, quiero creer en que muy pronto, mañana tal vez, franqueará la verja del jardín, atravesará el emparrado, abrirá la puerta y

vendrá á poner su mano sobre mi hombro. ¿Decís que ha muerto? ¡Yo os digo que no! Yo os digo que es ilusión que engaña nuestros sentidos, pesadilla siniestra que clava su garra en nuestro corazón, infame comedia que juega con nuestro espíritu. Deseo borrar estas tres semanas crueles de mi vida, borrarlas como al soplo del viento caen y se desmoronan esos alcázares de oro y grana que fabrican las nubes en los crepúsculos de la primavera, y volverlo á encontrar como aquel día en que me invitó á pasear por este país azul que tanto amaba. Y ahora esta pobre *Revista*, triste y sola, ya no es «la opulenta, la pródiga,» ya para vosotros «los gallardos, los magníficos,» no hay «cojines de raso, taburetes delicadamente labrados,» ni «dalmáticas de púrpura;» ya la góndola va vacía y enlutada y triste, ya lleva un cadáver á su bordo, el de mi bueno, el de mi amado, el de mi inolvidable amigo! . . . Y me parece que ese cadáver pesa sobre mí, que se ha apoderado de mi alma y que allá se va con la cariñosa compañera, con la que resplandecía, con la que arrojaba torrentes de luz y con ella bañaba nuestros espíritus.—¡Me ha dejado solo! ¡Ah! por qué desertar en mitad del camino? ¿por qué abandonar á los que aún marchan á ciegas y negar tu mano á los que en tí íbamos apoyados?

*
* *

He recorrido rápidamente la breve historia de esta *Revista Azul*: Un día, el Poeta vino á mí y me habló de sus deseos de fabricar un nido en donde agrupar sus aves queridas, las que revoloteaban inquietas sin casa paterna. El era un artista . . . él era el Artista; era yo un luchador de la gacetilla política; había consumido diez años en esa labor diaria, y mis ensueños de arte, empalidecidos y esfumados, habíanse quedado muy atrás, allá en las primeras jornadas de la marcha. El despertó mis recuerdos, hirió fibras atrofiadas, sensaciones dormidas; me alzó hasta su copa y me hizo beber en ella:

abrió á mi espíritu, fatigado y vacilante, un oasis y me hizo penetrar de nuevo en la amplia nave del templo en donde él oficiaba. ¡Oh momento solemne que no olvidaré nunca! Ya, al conjuro de su voz, las palabras tomaban sonidos nuevos y las luces resplandores ignorados y los matices se descomponían y la música hablaba en un lenguaje extraño. Y ya todo era bello y todo explicable. Y yo avanzaba; primero muy lentamente, después de prisa, pero siempre sosteniéndome en su mano . . . Y así caminamos: él, el Poeta, el guía, el maestro; yo, el iniciado, el aprendiz; él astro, luciérnaga yo Y así brotó esta *Revista Azul*, ya huerfanita de su alto espíritu.

Una noche llevamos á la pequeñuela á la pila bautismal y repartimos bolos y habló aquella clara inteligencia, habló en nombre de esta querida nuestra: ¿os acordáis de lo que dijo, ¡oh vosotros que habéis llorado el lunes al borde de aquel sepulcro? Yo sí: yo, en este momento de dolor supremo, en esta hora negra, al sentirme solo, viéndonos desamparados á los dos —á esta *Revista* y á mí — traje sus palabras á mi oído: «¿A quién pertenece esta azul pequeñuela? . . . ¿A nosotros? . . . ¿A Díaz Dufío ó á mí? Lealmente creo que no. ¿A Don Apolinar Castillo? Bajo mi palabra creo que sí.» Aquí está, señor; los que la dieron vida y calor, ustedes —Gutiérrez Nájera y Castillo; — yo, el que cuidaba de ella mientras los padres no estaban en casa, cuando se ausentaban; la besaba tímidamente, acariciaba sus blondos rizos, la amaba —la amo, porque es hija de los dos, porque ellos han sido buenos conmigo.

¡Ay! Pero ahora la ausencia no es de una hora, la ausencia no es de un día: se va la rosada mañana y el sol hunde su faz violácea en la curva del mar y el que dió alientos á este ser que cosas tan tiernas me dice al oído no aparece; y yo he ido á Don Apolinar Castillo á llorar sobre su pecho y á pedirle consejo.—¡Ah! él no quiere que muera la *Revista Azul*: él quiere que ella sea como el lazo que nos una con el amado muerto, como la voz que nos hable siempre

de él, que nos traiga el eco de sus palabras, que nos conserve la ilusión de que aún lo tenemos á nuestro lado, de que vendrá un día á alegrar nuestra alma triste y sola. No, Poeta, no dijiste verdad: la *Revista* no es del Sr. Castillo ni mía: la *Revista* es tuya, como es nuestro el recuerdo imperecedero de tu corta estancia á nuestro lado. No morirás del todo, como deseabas: aquí vela el amor para traer cada ocho días flores frescas de tu corona de artista.—En el primer número de la *Revista Azul* está expresado tu deseo.

“¡No moriré del todo, amiga mía!
De mi undulante espíritu disperso
Algo, en la urna diáfana del verso
Piadosa guardará la poesía.

No moriré del todo. Cuando herido
Caiga á los golpes del dolor humano,
Ligera tú, del campo entenebrido
Levantarás al moribundo hermano.

Tal vez entonces por la boca inerte,
Que muda aspire la infinita calma,

Oigas la voz de todo lo que duerme
Con los ojos abiertos de mi alma!

Hondos recuerdos de fugaces días,
Ternezas tristes que suspiran solas;
Pálidas, enfermizas alegrías
Sollozando al compás de las violas....

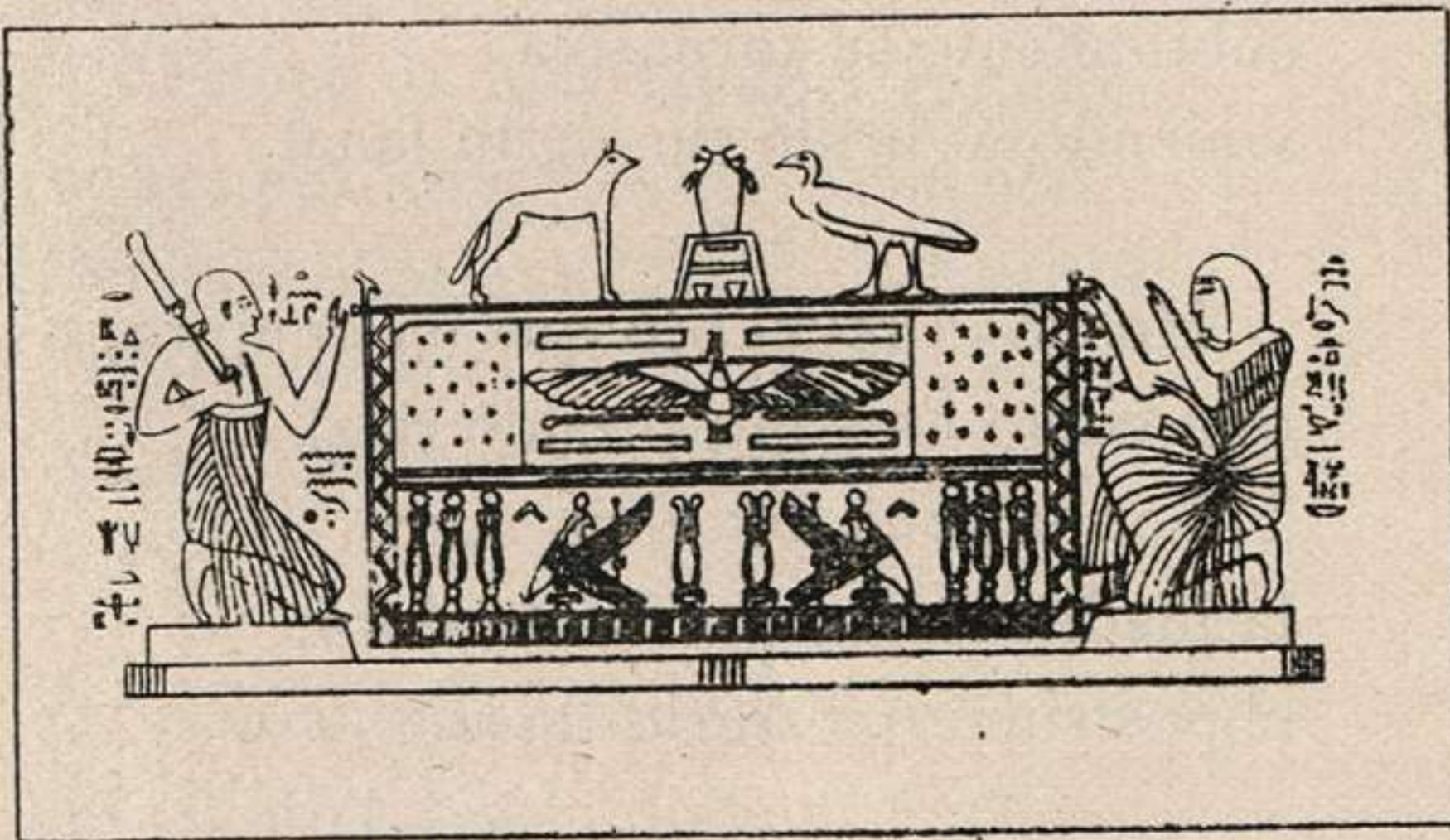
Todo lo que medroso oculta el hombre
Se escapará, vibrante, del poeta
En áureo ritmo de oración secreta
Que invoque en cada cláusula tu nombre

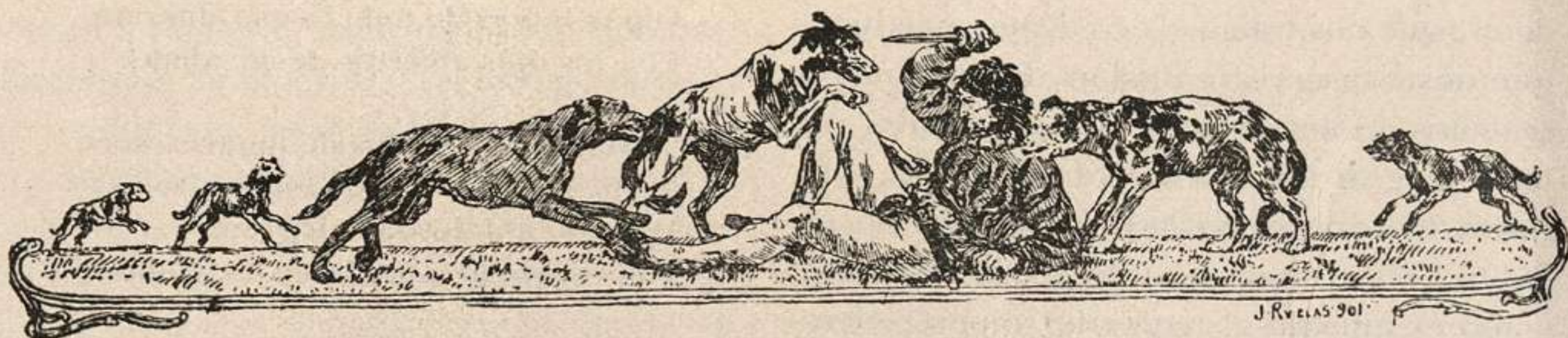
Y acaso adviertas que de modo extraño
Suenan mis versos en tu oído atento,
Y en el cristal, que con mi soplo empañó,
Mires aparecer mi pensamiento....

No, pobre amigo mío, no morirás del
todo para tu enlutada y pálida *Revista Azul!*

4 de Febrero de 1895.

CARLOS DÍAZ DUFÓO.





VENIT HESPERUS

DE "TRIUNFOS"

A Jesús E. Valenzuela.

Venus refulge plácida y sola,
y un sueño pío decora el mal.
Así la bruna y errátil ola
súbitamente se tornasola,
viniendo al brillo de algún fanal.

Hosco el recuerdo que no conjuro,
que como en llaga prende raíz!
Tal en la roña del viejo muro
la hiedra clava, con brote duro,
el postrimero y agrio tapiz.

Dios dijo al astro: «Revela un poro,
un intersticio de mi capuz;
muestra un diamante de mi tesoro;
y en la pupila turbia de lloro
hinca una flecha de doble luz!»

Fiero el albatros obre cual hizo,
guste procelas como antes yo,
y en ellas triunfe gozando hechizo,
y surto al aire parezca un rizo
que de la espuma del mar saltó!

Freno seguro mi arrojo tasca,
y arrumbo estoque, lanza y arnés.
Toda una vida, que fué borrasca,
fenece y cruje con la hojarasca
que oprimo y rompo bajo los pies!

Á nobles luchas nada me incita;
conculco y mancho laurel de pro:
el bardo sufre tremenda cuita,
echando menos la tortolita
que al aura obscura se le voló!

Gélido el río reposa y calla,
y no se funde para su bien.
Aspiro el soplo de la batalla,
y á veces vibro y el ocio estalla. . . .
y aquí la burla y allá el desdén!

Sauce de fosa mudo y tranquilo
que, por impulsos del vendaval,
vuelca el agobio, frustra el sigilo,
plaga de acentos el sordo asilo,
besa con tumbos el polvo igual!

Hoyo impasible que un labio sella,
y remembranza que incluye horror. . . .
Y el alma busca distinta huella
en el puntito de cada estrella
mística y dulce para el dolor!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.



LA BALADA DE AÑO NUEVO

En la alcoba muelle, acolchonada y silenciosa, apenas se oye la blanda respiración del enfermito. Las cortinas están echadas; la veladora esparce en derredor su luz discreta, y la bendita imagen de la Virgen vela á la cabecera de la cama. Bebé está malo, muy malo. . . . Bebé se muere. . . .

El doctor ha auscultado el blanco pecho del enfermo; con sus manos gruesas toma las manecitas diminutas del pobre ángel, y frunciendo el ceño, ve con tristeza al niño y á los padres. Pide un pedazo de papel; se acerca á la mesilla veladora, y con su pluma de oro escribe. . . . escribe. Sólo se oye en la alcoba, como el pesado revoloteo de un moscardón, el ruido de la pluma, corriendo sobre el papel, blanco y poroso. El niño duerme; no tiene fuerzas para abrir los ojos. Su cara, antes tan halagüeña y sonrosada, está más blanca y transparente que la cera: en sus sienas se perfila la red azulosa de las venas. Sus labios están pálidos, marchitos, despellejados por la enfermedad. Sus manecitas están frías como dos témpanos de hielo. . . . Bebé está malo. . . . Bebé está muy malo. . . . Bebé se va á morir. . . .

Clara no llora; ya no tiene lágrimas. Y luego, si llorara, despertaría á su pobre niño. ¿Qué escribirá el doctor? ¡Es la receta! ¡Ah, si Clara supiera, lo aliviaría en un solo instante! Pues qué, ¿nada se puede contra el mal? ¿No hay medios para salvar una existencia que se apaga? ¡Ah! sí los hay, sí debe haberlos; Dios es bueno, Dios no quiere el suplicio de las madres; los médicos son torpes, son desamorados, poco les importa la honda aflicción de los amantes padres; por eso Bebé no está aliviado aún; por eso Bebé sigue muy malo; por eso Bebé, el pobre Bebé, se va á morir! Y Clara dice con el llanto en los ojos:

—¡Ah! ¡si yo supiera!

La calma insoportable del doctor la irrita. ¿Por qué no lo salva? ¿Por qué no le devuelve la salud? ¿Por qué no le consagra todas sus vigiliás, todos sus afanes, todos sus estudios? ¿Qué, no puede? Pues entonces de nada sirve la medicina, es un engaño, es un embuste, es una infamia. ¿Qué han hecho tantos hombres, tantos sabios, si no saben ahorrar este dolor al corazón, si no pueden salvar la vida á un niño, á un

ser que no ha hecho mal á nadie, que no ofende á ninguno, que es la sonrisa, y es la luz, y es el perfume de la casa?

Y el doctor escribe, escribe: ¿Qué medicina le mandará? ¿Volverá á martirizar su carne blanca con esos instrumentos espantosos? — No, ya no — dice la madre, — ya no quiero. El hijo de mi alma tuerce sus bracitos, se disloca entre esas manos duras que lo aprietan, vuelve los ojos en blanco, llora, llora mucho, ruega, grita, hasta que ya no puede, hasta que la fuerza irresistible del dolor le vence, y se queda en su cuna quieto, sin sentido, y quejándose aún, en voz muy baja, de esos cuchillos, de esas tenazas, de esos garfios que lo martirizan, de esos doctores sin corazón que tasajean su cuerpo, y de su madre, de su pobre madre que lo deja solo. No, ya no quiero, ya no quiero esos suplicios. Me atan á mí también, pero me dejan libres los oídos para que pueda oír sus lágrimas, sus quejas. Lo escucho y no puedo defenderlo: veo que lo están matando y lo consiento!

El niño duerme y el doctor escribe, escribe. — Dios mío, Dios mío, no quieras que se muera: mándame otra pena, otro suplicio: lo merezco. Pero no me lo arranques, no, no te lo lleves. ¿Qué te ha hecho? — Y Clara ahoga sus sollozos, muerde su pañuelo, quiere besarlo y abrazarlo — ¡acaso esas caricias sean las últimas! — pero el pobre enfermito está dormido, y su mamá no quiere que despierte.

Clara lo ve, lo ve constantemente con sus grandes ojos negros y serenos, como si temiera que, al dejar de mirarlo, se volara al cielo. ¡Cuántos estragos ha hecho en él la enfermedad. Sus bracitos rechonchos, hoy están flacos, muy flacos. Ya no se ríen en sus codos aquellos dos hoyuelos tan graciosos, que besaron y acariciaron tantas veces. Sus ojos — negros como los de su mamá — están agrandados por las ojeras, por esas pálidas violetas de la muerte. Sus cabellos rubios le forman como la aureola de un santito.

— ¡Dios mío, Dios mío, no quiero que se muera!

Bebé tiene cuatro años. Cuando corre parece que se va á caer. Cuando habla, las palabras se empujan y se atropellan en sus labios. Era muy sano: Bebé no tenía nada: Pablo y Clara se miraban en él, y se contaban por la noche sus travesuras y sus gracias, sin cansarse jamás. Pero una tarde Bebé no quiso corretear por el jardín, sintió frío; un dolor agudo se clavó en sus sienes y le pidió á su mamá que lo acostara. Bebé se acostó esa tarde y todavía no se levanta. Ahí están á los pies de la cama, y esperándole, los botincitos que todavía conservan en la planta la arena humedecida del jardín.

El doctor ha acabado de escribir, pero no se va. Pues qué, ¿le ve tan malo? El lacayo corre á la botica.

— ¡Doctor, doctor, mi niño va á morirse! El médico contesta en voz muy baja:

— Cálmesese usted, que no despierte el niño.

En ese instante llega Pablo. Hace quince minutos que salió de esa alcoba y le parece un siglo. Ha venido corriendo como un loco. Al torcer la esquina no quiso levantar los ojos, por no ver si el balcón estaba abierto. Llega, mira la cara del doctor, y las manos enclavijadas de la madre; pero se tranquiliza: el ángel rubio duerme aún en su cama — ¡no se ha ido! — Un minuto después, el niño cambia de postura, abre los ojos poco á poco, y dice con una voz que apenas suena:

— ¡Mamá! ¡mamá! . . .

— ¿Qué quieres, vida mía? ¿Verdad que estás mejor? ¡Dime qué sientes! ¡Pobrecito mío! ¡Trae acá tus manitas, voy á calentarlas! Ya te vas á aliviar, alma de mi alma. He mandado encender dos cirios al Santísimo. La Madre de la Luz ya va á ponerte bueno.

El niño vuelve en derredor sus ojos negros, como pidiendo amparo. Clara lo besa en la frente, en los ojos, en la boca, en todas partes. ¡Ahora si puede besarlo! Pero en esa efusión de amor y de ternura, sus ojos, antes tan reseco, se cuajan de lágrimas, y Clara no sabe ya si besa ó llora. Al-

gunas lágrimas ardientes caen en la garganta del niño. El enfermito, que apenas tiene voz para quejarse, dice:

—¡Mamá, mamá, no llores!

Clara muerde su pañuelo, los almohadones, el colchón de la cunita. Pablo se acerca. Es hora ya de que él también lo bese. Le toca ya su turno. El es fuerte, él es hombre, él no llora. Y entretanto, el doctor que se ha alejado, revuelve la tisana con la pequeña cucharilla de oro. ¿Qué es el sabio ante la muerte? La molécula de arena que va á cubrir con su oleaje el océano.

—Bebé, Bebé, vida mía. Anímate, incorpórate. Hoy es año nuevo. ¡Ven! Aquí, en tu manecita, están las cosas que yo te fui á comprar en la mañana. El cucurucho de dulces, para cuando te alivies; el aro con que has de corretear en el jardín; la pelota de colores para que juegues en el patio. Todo lo que me has pedido!

Bebé, el pobre Bebé, preso en su cuna, soñaba con el aire libre, con la luz del sol, con la tierra del campo y con las flores entreabiertas. Por eso pedía no más esos juguetes.

—Si te alivias, te compraré una carretela y dos borregos blancos para que la arrastren. . . . ¡Pero alíviate, mi ángel, vida mía! ¿Quiéres mejor un velocípedo? ¿Sí. . . .? Pero, ¿si te caes? Dame tus manos. ¿Por qué están frías? ¿Te duele mucho la cabeza? Mira, aquí está la gran casa de campo que me habías pedido. . . .

Los ojos del enfermito se iluminan. Se incorpora un poco, y abraza la gran caja de madera que le ha traído su papá. Vuelve la vista á la mesilla y mira con tristeza el cucurucho de los dulces.

—Mamá, mamá, yo quiero un dulce.

Clara, que está llorando á los pies de la cama, consulta con los ojos al doctor; éste consiente, y Pablo, descolgando el cucurucho, desata los listones y lo ofrece al niño. Bebé toma con sus deditos amarillos una almendra y dice:

—Papá, abre tu boca.

Pablo, el hombre, el fuerte, siente que ya no puede más, besa los dedos que ponen esa almendra entre sus labios, y llora, llora mucho.

Bebé vuelve á caer postrado. Sus pies se han enfriado mucho. Clara los aprieta con sus manos, y los besa. Todo inútil! El doctor prepara una vasija bien cerrada y llena de agua casi hirviente. La pone en los pies del enfermito. Este ya no habla, ya no mira, ya no se queja; nada más tose, y de cuando en cuando, dice con voz apenas perceptible:

—¡Mamá, mamá, no me dejen solo!

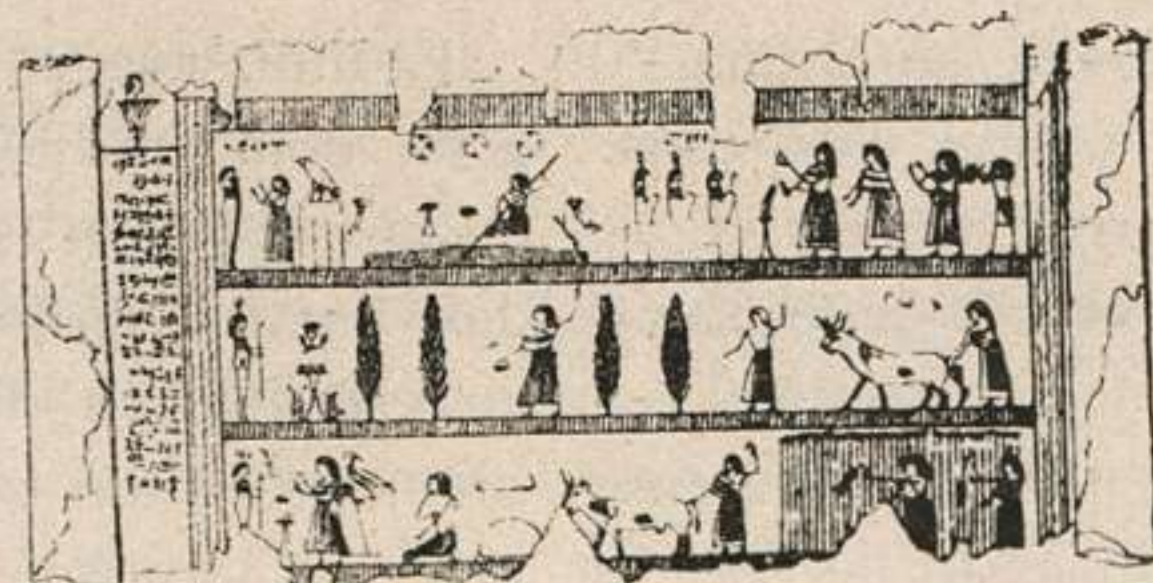
Clara y Pablo lloran, ruegan á Dios, suplican, mandan á la muerte, se quejan del doctor, enclavijan las manos, se desesperan, acarician y besan. Todo en vano! El enfermito ya no habla, ya no mira, ya no se queja; tose, tose. Tuerce los bracitos como si fuera á levantarse, abre los ojos, mira á su padre diciéndole: —¡Defiéndeme!— vuelve á cerrarlos. . . . ¡ay! Bebé ya no habla, ya no mira, ya no se queja, ya no tose; ya está muerto!

.

Los niños pasan riendo y cantando por la calle:

—¡Mi año nuevo! ¡Mi año nuevo!

M. GUTIÉRREZ NÁJERA.





SEÑORA DOÑA JUANA O., VIUDA DE NERVO,
† el 12 de Diciembre de 1905.



MUERTA!

En vano entre la sombra mis brazos siempre abiertos
 Asir quieren su imagen con ilusorio afán.
 ¡Qué noche tan callada, qué limbos tan inciertos!
 Oh Padre de los vivos, ¡á dónde van los muertos,
 á dónde van los muertos, Señor, á dónde van!

Muy vasta, muy distante, muy honda, sí, muy honda;
 ¡pero muy honda! debe ser ¡ay! la negra onda
 en que navega su alma como un tímido albor,
 para que aquella madre tan buena no responda
 ni se estremezca al grito de mi infinito amor.

Glacial sin duda es esa zona que hiende. Fría,
 oh, sí, muy fría, ¡pero muy fría! debe estar
 para que no la mueva la voz de mi agonía,
 para que todo el fuego de la ternura mía
 su corazón piadoso no llegue á deshelar.

Acaso en una playa remota y desolada,
 en frente de un océano sin límites, que está
 convulso á todas horas, mi ausente idolatrada

los torvos horizontes escruta con mirada
febril, buscando un barco de luz que no vendrá....

• Quién sabe por qué abismos hostiles y encubiertos
sus blancas alas trémulas el vuelo tenderán.

Quién sabe por qué espacios brumosos y desiertos....

Oh Padre de los vivos ¡á dónde van los muertos,
á dónde van los los muertos, Señor, á dónde van!

Tal vez en un planeta bañado de penumbra
sin fin, que un sol opaco, ya casi extinto, alumbra,
cuitada peregrina mirando en rededor
ilógicos aspectos de seres y de cosas,
absurdas perspectivas, creaciones monstruosas,
que causan extrañeza sutil y vago horror....

Acaso está muy sola; tal vez mientras yo pienso
en ella, está muy triste; quizás con miedo esté....
Tal vez se abre á sus ojos algún arcano inmenso,
¡quién sabe lo que siente! ¡quién sabe lo que ve!

Quizá me grita «¡hijo!» buscando en mí un escudo:
—mi celo tantas veces en vida la amparó!—
y advierte con espanto que todo se halla mudo,
que hay algo en las tinieblas fatídico y sañudo,
que nadie la protege ni le respondo yo....

.....

Oh Dios, me quiso mucho, sus brazos siempre abiertos
como un gran nido, tuvo para mi loco afán.
Guiad hacia la Vida sus pobres pies inciertos.
¡Piedad para mi muerta! piedad para los muertos!
....Á dónde van los muertos, Señor, á dónde van!

Diciembre 1905

AMADO NERVO.



EL BARRIO LATINO

De «La Lettura,» para la Revista Moderna.

El Barrio Latino disfruta fama de ser una región obscura y tenebrosa de París, donde se maduran los delitos y donde se apostan los bandidos de puñal y revólver.

Y la fantasía popular os ha condimentado leyendas pavorosas y absurdas, narraciones románticas de venganzas misteriosas, realizadas en la obscura noche del malaventurado barrio.

Se dice también que aquellas calles son recorridas del día á la noche por grupos ambiguos de estudiantes y de pintores, en compañía de jovencitas alegres. Se dice aún que en el café, los jóvenes, con la humeante pipa cogida en un ángulo de la boca ó con el arco de los labios quebrado por un ligero rictus canallesco, pasan el mejor tiempo de la vida, discutiendo ociosamente sobre literatura, política, escándalos, guillotina y otros temas posibles é imposibles. Se dice, en fin, que en aquellas calles se escuchan las palabras más horrendas del vocabulario de la canalla

Nada más erróneo que esto. En el Barrio Latino habitan, por el contrario, las

mejores personalidades de París, verdaderas celebridades del arte ó la política: ahí se ven las casas de una gran cantidad de profesores de Universidad, miembros del Instituto de Francia, caballeros de la Legión de Honor, caballeros de varias órdenes de Instrucción Pública y favorecidos con medallas, títulos y condecoraciones del Estado.

En realidad, el Barrio Latino es una pequeña ciudad cruzada por sólo dos grandes arterias, el boulevard Saint-Germain y el boulevard Saint Michel. Entre los habitantes de este barrio original y curioso, no son pocos los que sólo una vez al mes pasan el puente del Sena y entran en París. Los ciudadanos del "quartier" viven ahí á su guisa, leen su propia prensa con mejor voluntad, que los periódicos parisienses, y se cuentan por docenas las personas que todos los días, infaliblemente, os encontráis en el jardín del Luxemburgo. Aun los pobres y desgraciados vendedores ambulantes que con humilde catadura os ofrecen lápices en la calle Gay Lussac, difícilmente abando-

nan la vieja y popular barriada; y todos los días podréis encontrarles sentados á la amplia mesa de alguna "brasserie" de la calle de los Carmelitanos, donde gastan en una sopa de castañas, los pocos sueldos obtenidos en el comercio diario.



En el café.

Y ya que este "quartier" es el más original y calumniado de París, hagamos una rápida excursión por sus dominios.

Es muy temprano. A lo lejos se perfila vagamente la atrevida cúpula de Val-de-Grâce con su negra mole gigantesca.

A nuestra derecha está el Panteón, con sus enormes columnas de severo estilo clásico, y sobre la inmensa cúpula se ve siempre la gran cruz cristiana, eterna pugna para los ojos anticlericales.

Frente á nosotros están las cuadras, verdaderamente monstruosas, de la Sociedad de Omnibus de París, y nos llega el eco de su despertar, con música y sonidos mezclados de trinos alegres y de ríspido mover de fierros sobre el piso. Los negros caballos vienen ahora tirando de los timones, de las carrozas que recorren París, y cada dos mi-

nutos pasa ante nosotros un "Pantheon-Courcelles" ó un "Clichy Feuillantines," rumbo á su servicio.

En el balcón del quinto piso aparece un plácido burgués, buen padre de familia, que tiene entre los dedos el diario matutino, el imprescindible "Petit Parisien." A su espalda está la hija mayor, quien dirige miradas furtivas á la última página, la de matrimonios y "casas de modas."

Una indiscreta nube de polvo descende del cuarto piso, donde una valiente mujer sacude furiosamente los tapetes. Naturalmente, en París, como en otras partes, está rigurosamente prohibido sacudir tapetes en los balcones....

Es la hora de la colación: una colación rápida, compuesta de huevos y café, condimentada con mantequilla de Nantes, dos frutas cubiertas de Bar-le Duc y terminada con un óptimo añejo de Palermo ó una rubicunda "melagrana."

Los obreros empiezan á dirigirse á su trabajo, y aun nosotros bajamos hacia el Pantheon. En la puerta nos saluda el transeúnte cortésmente, obteniendo la correspondencia. En este pequeño barrio nos conocemos todos como buenos amigos, y podemos hacernos la ilusión de vivir en una grande aldea.

Henos á pocos pasos de la iglesia de San Estéfano del Monte. Imposible no detenerse un momento siquiera, admirados, frente á la magnífica fachada del Renacimiento. Ahí dentro, en una urna de oro, están los huesos de Santa Genoveva, patrona histórica de París.

El Pantheon, el viejo Liceo de Enrique IV y San Estéfano, se ierguen uno frente al otro sobre la cima de una colina, la montaña de Santa Genoveva.

La parte del barrio que queda entre estos edificios y el Sena, que se perfila á lo lejos, es, sin duda, la mejor de todas y la más pintoresca. En ningún rincón de París se encuentran tantos motivos de inspiración artística como en éste.

Las calles no son, ciertamente, modelo de regularidad y de modernismo. Pero preci-

samente por esto son una de las características más pintorescas del barrio. No podéis verlas sino por algunos centenares de metros. Vuestra visual está obligada á volverse bruscamente á diestra y siniestra, siguiendo los caprichosos andurriales de la estrechísima calle.



Una tienda del barrio latino.

Hay, sin embargo, algunos puntos de perspectiva verdaderamente maravillosos para un pintor; y no es raro encontrar, instalado en un ángulo de la acera, entre una cesta de huevos y otra de frutas, á algún pintor entusiasta que intenta fijar una escena fugaz de aquel drama pintoresco tan variado y extraño, que se llama el Barrio Latino. Las calles no están jamás desiertas, sino llenas siempre de una muchedumbre rápida y locuaz. Son las señoras de casa que entran y salen á las tiendas, ó las muchachas de servicio que regresan de haber acompañado á la escuela á los niños de la patrona.

He aquí á mi proveedora: madame Durand, con un enorme cesto de pan bajo la axila, metida en una "blouse" de violeta

antigua, con zagalejo azul que descubre por lo bajo un par de zuecos inmemorables, que sonrien maliciosamente con la punta entreabierta. En la cesta del pan, se percibe un plato de costillas humeantes, y madame Durand camina en una nube de admiración... y de moscas. El alegre perfume de las carnes tostadas le ha atraído una colonia entera de pequeños parásitos de aire. Ningún pintor podría jamás reproducir el polvo dorado de París que se agita entre mil infusorios en torno de la pintoresca figura de madame Durand.



Una calle del barrio latino.

Henos delante al mercader de vinos, cuyo establecimiento es el punto de cita de todos los cocheros de París, según una antigua costumbre que cuenta siglos de historia. En las diversas mesas de zinc que se alinean en el interior, se encuentran los cubos que van vaciándose de mano en mano, conteniendo el buen vino piamontés. Y los bebedores no han sorbido aún su aperitivo por completo, cuando entran nuevos cocheros, rigurosamente calzados de guantes, á pedir el ritual vaso de ajeno. Por lo demás, con 35 céntimos tenéis un litro de

óptimo vino rojo y el derecho de sentarse á la mesa, todo lo cual es el colmo de la baratura.



En los baños del Sena.

Con el ceremonioso "bonjour, madame," se saluda á madame Dufour, la hostelera rubicunda y cortés, que en aquellos momentos está mostrando á toda su parroquia una adquisición afortunada: un salón formado de muebles estilo Luis Felipe; un sofá estilo Rey Sol y cuatro sillas estilo..... económico, todo por doscientos francos. Y aquello le ha puesto de un humor excelente.

Pero son las once, hora de almorzar, y pedimos á la feliz hostelera la lista de los platillos del día. Hay todo lo más bello y más alegre que imaginarse pueda: aves y carnes de todos colores y de todos sabores, de acuerdo con las ensaladas respectivas; ensalada roja, ensalada negra, ensalada

amarilla, rábanos, patatas y algunas piezas negras, que se dice son exquisitas.

Mientras coméis, os pasa cerca una vieja señora. Lleva una cesta con dos palomas de las Canarias, y repite llorosa el viejo ritornelo: "Dad las migajas á los pobres canarios!" Y tras ella va un vendedor de peces frescos.

Y la procesión de vendedores y demandantes entra y sale de la bodega, en una ola continua. He ahí el sabroso queso suizo: "Du gruyère, seize sous la livre!" Y entretanto se acerca el vendedor de ropa vieja llevando puesto un traje usado de militar. Pero no tenéis tiempo de tratar con él: "A la verdure, deux sous mes bons artichauts!" Y aun la voz de la herbolaria es sofocada por las otras, y os entra por el oído la tromba de vendedores de sombreros de paja y el cuerno de los pastores que se ocultan tras una manada ruidosa de carneros y de cabras, que por dos sueldos ordeñan para vosotros una blanquísima leche tibia.

Por mitad de la vía se acerca cantando el vendedor de castañas y de naranjas. Una docena de naranjas de Portugal no cuesta más que 50 céntimos. Es verdaderamente un pecado morir de hambre!

Hay, sin embargo, otros restaurantes donde podéis comer más tranquilos y donde, por el contrario, reina un ambiente de señoría y de pulimento verdaderamente confortante. Sobre las mesas hay pequeños programas de las distintas diversiones de la noche. Se os propone una excursión por el centro de París, una función en la Ópera.... pero dónde pasar mejor las últimas horas del crepúsculo y las primeras de la noche, sino en aquel curioso barrio, que á la luz de los fanales, todavía tímidos en el fulgor crepuscular, tiene reflejos y efectos casi teatrales?

(Del "Uber Land und Meer.")



Cuentan que un fraile, en su misal, un día
Halló en una mayúscula de ornato
Un cuerpo de mujer, desnudo y grato,
Que artista ignoto dibujado había.

Quedó suspenso el infeliz ¡Impía
Profanación, horrible desacato!
Rasgó el papel y en místico arrebató
Quemó la hoja en el velón que ardía.

Dicen también que al condenarla al fuego,
Sintió un hondo y tenaz desasosiego
Que conturbó la paz de su inocencia;

Surcó un recuerdo su rugosa frente
Y lloró tristemente, tristemente,
Á solas con su Dios y su conciencia.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.

A UNA PALIDA

(NEVANDO)

Aquí dentro, fuego; ahí fuera, nieve. . . .
Así eres tú, como dijo aquel poeta que también te quiso:

—Fuego en el corazón, nieve en el rostro. . . .

Fuego como éste, calor de hogar manso, tranquilo, no enervante como el del sol de estío, que ata el ingenio y pára la fantasía, y entraba al par los movimientos del cuerpo y del pensamiento: fuego tranquilo del que no hay que temer que suba á incendio, fué alimentado de excelsas materias, de troncos generosos que un día tuvieron flores, y cuando ya no las tienen, privados de alegrarnos con ellas los ojos, se dan en pasto á la llama para volver á ser útiles y prestarnos abrigo y consuelo. . . .

Tal hubiera sido tu amor, estoy seguro. Primero flores, luego luz y calor.

¡Si la vieras esta noche, qué bonita, tú, á quien tanto gusta la nieve!

¡Si pudiera yo verla contigo, yo á quien tanto gustas tú!

Ha caído de repente y dura un momento.

No es la nieve frecuente encanto de estos climas, como en el mundo sois raras las muchachas como tú.

Aparece siempre á nuestros ojos, como espectáculo nunca visto, y con la intensidad y la fuerza de un pensamiento nuevo.

Así, á través de uno y otro año, de uno y otro dolor verdadero, y de una y otra ficticia ventura, viene, blanca como la nieve,

tu memoria á llenar de poético y triste encanto el pensamiento. Baja sobre él mansamente, como bajan sobre el agostado jardín esos copos y le van formando esta blanca vestidura que, con ser tan fría, parece que ha de abrigarle y protegerle.

Como es tan raro que nieve, hasta la luna, esta esquiva de quien apenas conservábamos memoria, se ha dignado salir á verla.

Yo la he saludado con la misma alegría que á ti, cuando pasado un luto, apareces en una fiesta, y pensando en ti, me he puesto á contemplar el maravilloso espectáculo de sus reflejos sobre la nieve.

¡Qué luz tan melancólica, tan hermosa!
¡Qué musa!

La nieve, que es triste, parece sonreír ante las caricias del astro, como se sonríe tu rostro pálido al sentir, sobre sí, la luz de unos ojos.

Si pudieras verlo, tú á quien tanto gusta la nieve!

Durará un momento; pero la impresión de esta blancura, de esta delicada belleza de la nieve, vivirá aún largo rato en mis ojos, como en mi memoria la de tu hermosura, con que me alumbro entre las tinieblas y obscuridades de la vida.

A mí me gusta la nieve porque te gusta á ti, y á ti te gusta porque es blanca.

Y repara que, quizá, no he dicho una simpleza. Blancos son tus pensamientos, y tus sueños, y tu alma, y tu rostro, y blanco tiene que ser todo lo que te guste, y por ser

blanco tiene que gustarte, porque lo blanco es la pureza, lo immaculado, lo no vulgar; y tú no puedes encontrar bello nada que no sea así.

En el jardín del mundo, del que sois vosotras las flores —y nosotros pudiéramos ser los árboles, quién el fuerte roble, quién el laurel glorioso, quién, ¡ay! el ciprés tristísimo,— las hay de todos colores y aspectos. Prefiere uno los claveles porque son alegres; otro los encuentra vulgares y elige la rosa de te, por lo triste, por lo aristocrática; hay quien escoge los pensamientos por lo que significan, y no se paga de exteriores encantos!.....

Pues bien, en ese jardín tú eres la rosa blanca, la que todos admiran, aunque sin atreverse á aspirar á ella, la que no se discute, la que no admite comparaciones ni rivalidades.

El blanco es la suma de todos los colores, de todas las bellezas de la vida, por lo tanto.

La pureza, que es el blanco entre los matices del espíritu, es la suma de todas las virtudes, de todos los afectos tiernos y generosos. •

Vista á través de tu alma, la vida y la naturaleza humana se transfiguran y embellecen; bajo ella ocultan sus esperanzas la una, su flaqueza y miseria la otra. En lo cual eres todavía igual que la nieve, que cubre con su immaculada alfombra el lodo y el sucio aspecto de la calle ó el camino.

¡Celestemente hermosa sois tú y la nieve! Parecen estos copos, pétalos de rosas blancas que alguien se entretiene en deshojar desde allá arriba.

Diriase que ibas á pasar tú por debajo.

Y eso parece tu rostro; no blanco sino nevado. Pálido, no por falta de color, sino por sobra de blancura. . . .

Hermosa sois tú y la nieve.

¿Por qué va á tí mi pensamiento siempre que veo nevar? También es blanco el sol y no se te parece, sin embargo. •

¿Será que son tristes la nieve y tu recuerdo?

Ello es que de tal modo os asocio yo en mi mente, que no parece sino que eres tú la que nievas.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.





VIOLETAS DE PARMA

Paseando por los muros de Ravenna,
A la sombra del bosque florecido,
Byron calmaba su profunda pena,
Su infinito dolor daba al olvido.

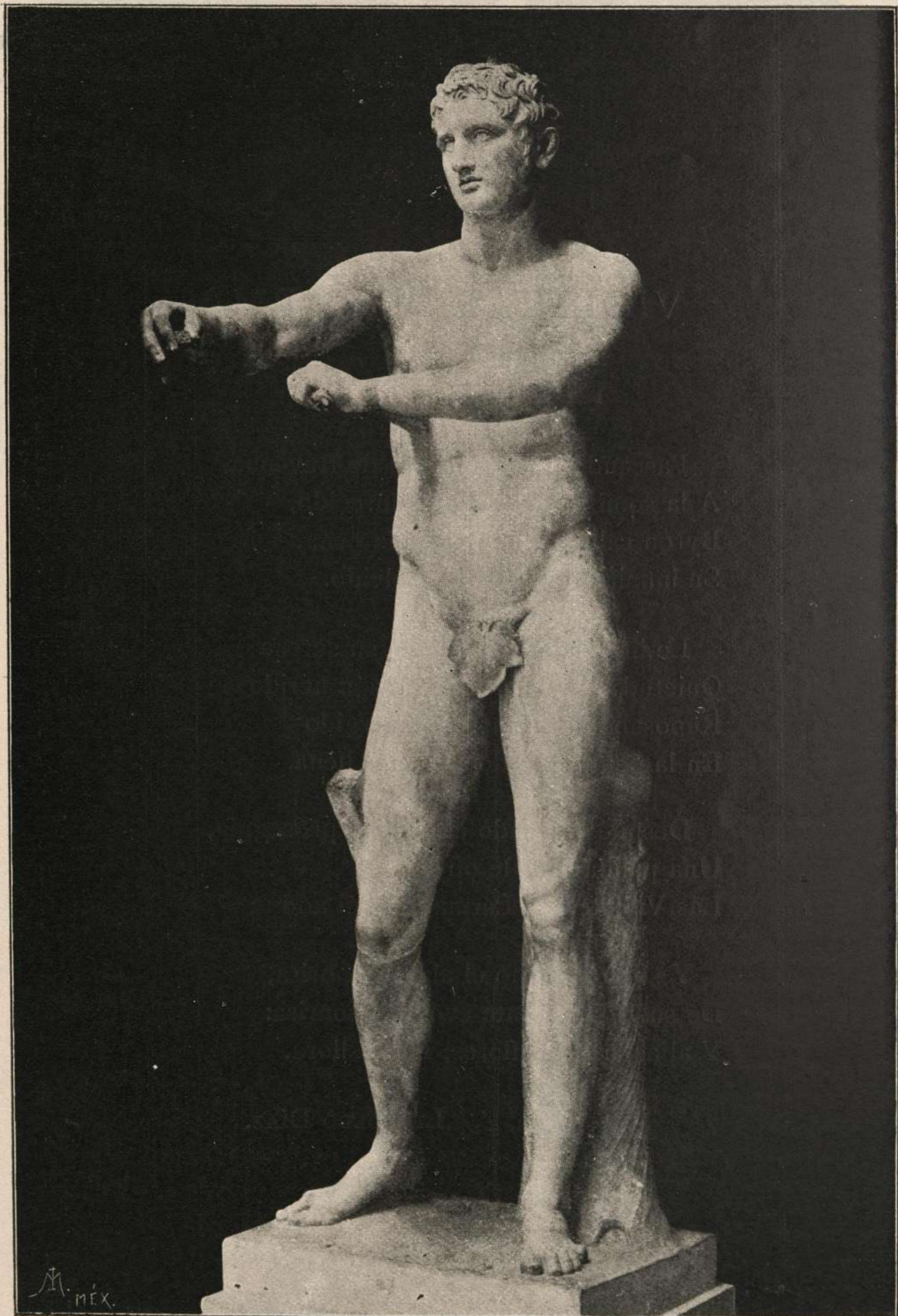
Le inundaba la tarde en su serena
Quietud. . . . El noble corazón herido
Reposaba un instante, sumergido
En la penumbra de silencios llena.

Después, cuando el camino proseguía,
Una pálida niña le ofrecía
Las Violetas de Parma, que él adora;

Y su voz, como el ala de la brisa,
De su Ada ausente evoca la sonrisa:
Y al aspirar las flores, Byron llora.

LEOPOLDO DÍAZ.

MUSEO VATICANO.



El Apoxyomenos de Lísipo (atleta del estrigilo).



UN CRÍTICO

Los pastores se habían retirado y los Reyes Magos no llegaban aún. María dormía acostada en el pesebre como en un lecho, teniendo á su lado al niño Jesús, bien cubierto de paja para que estuviera caliente. José velaba, sentado sobre el timón de un arado. El día comenzaba á clarear, y un fulgor pálido resbalaba por las junturas de a puerta. Un hombre la abrió y, entrando, dijo á José:

—¿Qué hacéis aquí?

Como José balbutiera, el hombre prosiguió:

—Soy Mucius Nasica, el propietario de este establo de ovejas.

José se levantó cortésmente, y designando á María y al niño dormidos, explicó que, habiéndose encontrado sin hogar, en plena noche, con su mujer próxima á dar á luz, no había creído hacer ningún mal refugiándose en un establo que estaba abierto y que parecía abandonado.

—Muy bien, dijo Mucius; pero, al menos, debíais haberme pedido permiso.

—Pero, ¿cómo hubiera podido hacerlo?

—Eso, amigo mío, era asunto vuestro. En fin, ya que estáis aquí, quedaos el tiempo que querráis.

—No os pesará vuestra caridad, dijo José. Pues este pequeño, es el Mesías esperado por los Judíos.

—¡Oh! eso es igual para mí. Yo soy ciudadano romano.

Y salió, murmurando:

—Os repito, que debíais haberme prevenido.

*
*
*

Mucius era hijo de un centurión llegado de Palestina á la zaga de un procurador romano, y que, habiéndose retirado, había comprado un campo sobre el camino de Belém. Ingenioso y activo, Mucius había agre-

gado al campo una taberna para caminantes, y una tienda en que vendía telas, especias y utensilios caseros. Se había casado con una griega agradable y viva, que lo ayudaba en sus diversas industrias. Viajaba él á menudo para ir á vender sus cosechas en las ciudades de Judea, ó para traer mercancías. Y era un hombre probo y respetuoso de las leyes y de las costumbres.

*
* *

Doce años después del nacimiento de Jesús, Mucius se encontraba en Jerusalém durante las fiestas de Pascua. Encontró, en una calle de la ciudad, al hombre y la mujer á quienes recogió, un poco contrariado, en el establo de Belém, y fácilmente los reconoció.

José estaba muy agitado, y María lloraba. Mucius, habiéndolos abordado, les preguntó la causa de su inquietud y su pesar.

—Sucedé, dijo José, que hemos perdido á nuestro hijo. Hemos creído primero que se había vuelto á ir con nuestros compañeros de viaje; hemos hecho una jornada de camino, y lo hemos buscado entre nuestros parientes y conocidos. Pero, sin hallarlo, hemos vuelto á Jerusalém.

—¡Vaya un muchacho atolondrado! observó Mucius. Prometió reunirse á ellos para buscar á Jesús. Por fin lo descubrieron en el templo, adonde el niño estaba sentado en medio de los doctores, y asombraba á esas barbas inclinadas á su alrededor por la manera como les explicaba las Escrituras.

—Vaya, dijo Mucius, un rapaz poco modesto.

María, llena de júbilo y olvidando todas sus angustias, dijo dulcemente á Jesús:

—Cómo nos has inquietado, hijo mío! Hace tres días que te buscamos, tu padre y yo.

El pequeño, sin conmoverse, contestó:

—¿Por qué me buscaban? ¿No saben que tengo que ocuparme de los intereses de mi Padre?

María no replicó; pero volvióse para ocul-

tar las lágrimas que de nuevo le subían á los ojos. Y Mucius dijo en alta voz:

—¡Qué muchacho tan raro y tan pretencioso!

*
* *

Diez y ocho años más tarde, como Mucius desembarcara en uno de los puertos del mar de Galilea, vió sobre la playa á un joven delgado, bermejo, de túnica blanca de lana burda, y seguido por una bandada de gentes pobremente vestidas, á quienes parecía acaudillar. El romano se informó, supo que ese joven era hijo de José y de María; que se hablaba mucho de él en la comarca, y que anunciaba una religión nueva y predicaba el reino de Dios.

—¿El reino de Dios? ¿Y eso qué es? pensó Mucius.

En estos momentos, un hombre se aproximó á Jesús y le dijo que su madre y sus hermanos lo reclamaban.

—¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? respondió el joven profeta.

—Ahora, sí, dijo Mucius. Él es; sólo por ese detalle lo habría reconocido.

Mientras dos pescadores, en una barca amarrada al muelle, se ocupaban en remendar sus redes. Jesús avanzó hacia ellos:

—Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, seguidme.

Y Santiago y Juan lo siguieron. Un viejo, padre de ellos, permaneció solo en el fondo de la barca.

—Visiblemente, dijo Mucius, ese hombre no es rico, y está incapaz de trabajar. ¿Quién lo mantendrá? ¿Qué va á ser de él sin sus hijos?

Jesús, acompañado de Santiago y de Juan, habiendo dado algunos pasos sobre la playa, contró á un joven que parecía abrumado por un profundo dolor.

—Sígueme, le dijo.

—Maestro, respondió el joven, mi padre ha muerto; déjame primero ir á enterrarlo.

—Deja, ordenó Jesús, que los muertos sepulten á los muertos; y tú ve á anunciar el reino de Dios.

—Yo hubiera creído, pensó Mucius, que sepultar á su padre era un deber de primera importancia para un hijo.

Pero como continuara escuchando, oyó á Jesús que dijo:

—Por mi causa, el hermano entregará al hermano á la muerte, y el padre á su hijo; los hijos se rebelarán contra los padres y los harán morir.

—¡Qué fanatismo! murmuró Mucius. Esos hombres están locos. ¡Pero qué ascendiente tan extraño es el de Jesús!

*
* *

Después de algún tiempo de aquello, Mucius fué invitado al banquete de bodas de uno de sus clientes, en la pequeña aldea de Canán, en Galilea. Jesús y su madre estaban entre los invitados, y Mucius fué colocado al lado de María. Habiendo faltado el vino, ésta dijo á su hijo:

—Ya no tienen vino.

Pero él repuso:

—Mujer, ¿por qué os mezcláis? Mi hora no llega todavía.

María bajó los ojos llenos de lágrimas.

—¿Es así, gruñó Mucius, como se le habla á una madre?

Pero pronto Jesús hizo llenar de agua seis grandes cántaros, y cuando se sirvió, el agua estaba convertida en excelente vino.

—La suerte está bien ejecutada, dijo halagüeñamente Mucius á María. Mi padre (á menudo me lo ha contado) la ha visto hacer en Roma por prestidigitadores sirios.

Se bebió tanto y tanto de aquel inesperado vino que, calentándose los cascos, hubo querellas, golpes cambiados y, hacia el alba, debajo de las mesas, grupos de bebedores, llenos como odres.

—Singular ocupación para un profeta, observó Mucius, hacer la propaganda de la embriaguez!

*
* *

Otra vez, Mucius conducía á Jerusalén una carreta cargada de jaulas de mimbre,

llenas de pichones, que iba á vender á los pequeños mercaderes del templo. Atravesando la llanura cultivada vecina á la ciudad, vió á Jesús y á sus discípulos entrar á un arrozal, arrancar las espigas á puñados, y restregarlas entre las palmas de las manos, para comer los granos. Un judío pasaba, y Mucius le dijo:

—En verdad, esos vagabundos no se pararán en pequeñeces.

—¡Qué impiedad, exclamó el judío, un día de «sabbat!»

—Pero, dijo Mucius, sea el «sabbat» ó cualquier otro día, me imagino que el delito es el mismo.

—Veo bien, dijo el otro, que usted es extranjero. Lo que les reprocho es el quebrantar el ayuno, no arrancar algunas espigas. Pues está escrito en la ley de Moisés: «Si entras en los campos ajenos, podrás cojer las espigas con tu mano.»

—Una espiga es una espiga, concluyó Mucius, y vuestro Moisés no era, de seguro, un propietario.

*
* *

Al día siguiente, como llevase sus jaulas al vestibulo del templo, vió, entre las mesas derribadas, los escabeles en desorden y los mercaderes huyendo, á Jesús sacudiendo un flagelo y gritando: «Mi casa es casa de la oración, y vosotros la convertís en una caverna de ladrones!» mientras que los pichones, asustados, chocaban contra los pilares en su vuelo resonante y pesado.

—¡Oh! ¡oh! dijo Mucius, llevémonos los nuestros. Pero esos mercaderes, á pesar de todo, estaban en su derecho. Ese joven profeta no tiene, decididamente, ningún respeto de la propiedad.

*
* *

Algunas horas después, en una de las plazas de la ciudad, avistó á Jesús que conversaba con algunos fariseos. Estos le preguntaban, creyendo ponerlo en apuros:

—¿Debemos ó no debemos pagar el impuesto á César?

—Enseñadme un dinero, dijo Jesús.

—Aquí está, Maestro.

—¿De quién son esta imagen y esta inscripción?

—De César.

—Dad, pues, al César lo que es del César.

—En buena hora, dijo Mucius sorprendido. Es la primera palabra de buen sentido que le oigo pronunciar.

Luego, reflexionando:

—Pero, creo que me engaño. Pues de eso se deduciría que todo lo que lleva la efigie del emperador le pertenece realmente, lo cual no es sostenible. Se ha burlado de nosotros. Este hombre es, en el fondo, un revolucionario de la especie más peligrosa; pero es prudente, y el talento no le falta.

*
* *

Luego, dejando Jerusalém, Mucius pasó por el país de los Gadarenios para visitar una pequeña propiedad de su mujer, cuyo padre acababa de morir. La herencia se componía de algunas campos y de un rebaño de puercos. Pero el porquero y otros habitantes del país, le contaron que días antes todos los puercos se habían arrojado al mar, pues Jesús había introducido en sus cuerpos los espíritus impuros, de que un mendigo de la vecindad estaba poseído.

—Mirad, dijo Mucius, un acto abominable. Ese hechicero galileo me hace un perjuicio de más de doscientas dracmas. Pero, qué hacer? Si lo persiguiera ante los magistrados, diría, sin duda —pues es astuto,— que los puercos se han precipitado por su gusto. Eso se ha visto, en efecto, y basta que uno dé el ejemplo. . . . Es lo mismo, ese hombre comienza á molestarme muy seriamente.

*
* *

. . . . La mujer, arrodillada, sollozaba con la cabeza entre las manos.

—Maestro, decían á Jesús los fariseos y los escribas, esta mujer ha sido sorprendida

en fragante delito de adulterio. Moisés ordena lapidar á tales mujeres. Pero tú, ¿qué es lo que dices?

Mucius, á quien su comercio había vuelto á traer á Jerusalém, se aproximó al grupo en el instante mismo en que Jesús respondía:

—¡Que el que se encuentre sin pecado, arroje la primera piedra!

—La frase es espiritual, pensó Mucius, pero eso no prueba nada. Si fuese necesario estar sin pecado para aplicar la ley, tendría que suprimirse toda la magistratura. Se ve bien que este moralista es célibe. Quisiera saber lo que el marido piensa de su ingenioso fallo.

La mujer, en esos instantes, levantó un poco la cabeza, y Mucius vió que era hermosa.

—¡Hum! dijo simplemente.

*
* *

Esta vez, al salir de Jerusalém, se dirigió á Sychar, aldea de Samaria. Caía la tarde. Cerca del pozo de la plaza pública, Jesús platicaba con una mujer, que con los dedos cruzados sobre el cuello de su cántaro, tendía hacia él su rostro inmóvil. Mucius la reconoció: era una viuda joven aún, y hospitalaria para con los extranjeros.

El profeta y la Samaritana, absortos por su conversación, ni siquiera notaron que Mucius estaba cerca de ellos.

—¡Hum! ¡hum! fué el comentario de éste.

*
* *

De Sychar se fué á Cafarnaum, donde tenía negocios, pues su comercio estaba muy extendido.

Uno de sus clientes, llamado Simón, lo invitó á comer. Jesús debía estar en el ágape, y Mucius se regocijó á esa idea, prometiéndose decirle todo lo que tenía sobre el corazón.

Pero cuando estuvo frente á Jesús, no se atrevió á hablar. Y se excusó á sí mismo, pensando que no debía turbar con inútiles disputas la casa de quien lo hospedaba.

Durante la comida, entró una mujer de esas que danzaban en las tabernas, y que usaban de su cuerpo como mercancía; hermosa, pintada, con los labios rojos, y los párpados azulados, con los cuadriles envueltos en oropeles de seda de vivos colores.

Mucius la conocía:

—¿Eres tú, dijo, María de Magdala? Nos dará mucho gusto verte bailar, muchacha; pero te aconsejo que guardes alguna decencia en tus ejercicios, pues aquí estás entre gente de crianza.

Pero la Magdalena, silenciosa, se aproximó á Jesús. Se arrodilló, le besó los pies; luego, destapando un frasco, vertió sobre ellos el perfume gota á gota, y los secó con toda su cabellera destrenzada.

Jesús la dejó hacer. Mucius se representaba la suavidad de esos largos cabellos de mujer arrastrados sobre aquellos pies desnudos, y sonrió.

Jesús dijo:

—¿Por qué, Mucius, piensas mal de mí en tu corazón?

Mucius no se atrevió á responder; y él mismo estaba asombrado de su timidez repentina; Jesús agregó:

—Tu día no ha llegado aún.

* * *

Habiendo, pues, María de Magdala renunciado á su oficio, se retiró á Bethania, á casa de su hermana Marta y su hermano Lázaro, que eran gentes honradas, y que, sin embargo, la recogieron con bondad.

Jesús los visitaba algunas veces. Un día que Mucius iba en casa de Lázaro á comprarle su trigo, vió que María, sentada á los pies de Jesús, lo contemplaba y lo oía hablar, mientras que Marta preparaba el almuerzo.

—Señor, dijo Marta, de pronto, hallas justo que María me deje sola para servirte? Dile que me ayude un poco.

—Marta, Marta, respondió Jesús, te das mucho á la pena, y te inquietas por muchas cosas. Una sola es necesaria. María ha escogido la mejor parte, y yo no se la quitaré.

—¿La mejor parte? murmuró Mucius.... ¡He! ¡he! ¡ya lo creo! Y todavía se rogojian de que la pobre Marta les haga la cocina.

* * *

Mucius encontró á Jesús en muchas otras circunstancias, y cada vez se sintió escandalizado. Se indignaba de oír á Jesús estimular la negligencia y la holgazanería; predecir con sombrío placer la destrucción de la ciudad, y toda especie de espantosas catástrofes; predicar el odio y el desprecio á los ricos, á los padres, á los gobiernos, y á todas las autoridades constituidas.

—Cierto, pensaba Mucius, la sociedad no es perfecta. ¿Pero qué hombre sensato, teniendo bienes y familia, no teme la revolución, y no piensa que lo que caiga será reemplazado por algo que será peor?

Un último rasgo acabó de exasperarlo.

Una tarde, en un arrabal de Jerusalén, volviendo á la hostería donde había amarrado su asno, supo por el hostelero que los discípulos de Jesús habían venido á desatar al animal, y sin decir más, lo habían llevado. A las observaciones del posadero, respondieron: «Nuestro Maestro lo necesita.»

—Esto, dijo Mucius, es un robo calificado, y voy á quejarme á los tribunales.

El asno volvió solo á la posada al amanecer del día siguiente.

Jesús fué crucificado el mismo día. Cuando Mucius lo supo, dijo simplemente:

—Estaba yo seguro que ese hombre acabaría mal.

* * *

Mucius tenía entonces sesenta años. Sus negocios prosperaban. Se juzgaba hábil, y

nunca había tenido la ocasión de cometer muy malas acciones, por lo que se juzgaba honrado. Y aprobaba un orden social que le había permitido ser rico y considerado.

Su mujer murió dejándole una hija de diez y ocho años, Neéra.

Un joven sin fortuna que amaba á Neéra, y que era correspondido, la pidió en matrimonio. Mucius lo rechazó á causa de su pobreza, y el joven fué á arrojarse al lago de Tiberiades.

Poco después, Neéra se hizo robar por un caballero romano. Abandonada por su amante, no se atrevió á volver á casa de su padre, y llegó á ser una de esas infelices que solicitan á los caminantes en las encrucijadas. Mucius no oyó hablar más de ella. Pero el recuerdo de esa niña fué para él una llaga sorda y profunda.

Para consolarse, se casó con una Siria, que era treinta años menor que él. Pronto descubrió que lo engañaba. Resolvió sucesivamente matarla, echarla ignominiosamente, ó llevarla ante la justicia. . . . y, finalmente, la perdonó porque lloró mucho, y porque él la amaba.

Un incendio destruyó su granja de Belém, y todos sus graneros y sus rebaños. Un depositario infiel le llevó una fuerte suma. Una serie de malas cosechas consumó su ruina.

Viejo como era, no pudo encontrar trabajo. Su mujer, ya buena y fiel, no ganaba para mantenerlos. Quedó reducido á mendigar y vivió de limosnas, llegando á cometer pequeños hurtos.

Se dió á odiar la dureza de los ricos, y se persuadió de que la sociedad entera estaba fundada sobre la injusticia y la mentira.

Confusamente se acordó de los discursos de Jesús. Una vez soñó que era uno de esos miserables de quienes Jesús se apiadaba, y á quienes buscaba con complacencia.

Ese mismo día, su mujer le trajo algunos dineros que había recibido del apóstol Juan, y lo condujo á la asamblea de los cristianos.

*
* *

Mucius reconoció en el apóstol á uno de los pescadores á quienes Jesús había dicho: «¡Hijos del Zebedeo, seguidme!»

Tuvo la sorpresa de encontrar en la asamblea á su hija Neéra, arrepentida, buena y contenta.

Y se conmovió tanto, que de pronto creyó en el Cristo.

—No es singular, dijo al apóstol, que ahora crea en aquél cuyos actos y discursos he censurado antaño?

—Es, respondió Juan, que ahora sois pobre y habéis sufrido.

«Decías que Jesús no respetaba la institución de la familia, y es porque nosotros no nos encerramos en los afectos y en los intereses del hogar, por lo que os hemos salvado de la miseria y del hambre. El hombre debe á sus padres *antes* que á la humanidad; pero debe á la humanidad *más* que á sus padres. Estas dos verdades, que parecen contradecirse, son igualmente ciertas.

Decías que Jesús amenazaba la propiedad. Pero es que la propiedad no es indefinidamente legítima. El hombre tiene derecho al producto de su trabajo y aun á la acumulación de ese producto, dentro del límite que necesita para su subsistencia, y algo para su ayuda y su seguridad, pero no más allá. Ese límite indeciso es, sin embargo, un límite, y más valdremos á medida que lo cambiemos con provecho de otro.

Decías que Jesús era muy indulgente con las mujeres de malas costumbres (hasta tuviste otro pensamiento que, lo sé bien, ya no abrigas ahora). Y tú mismo has perdonado á la esposa adúltera con uno de tus mejores impulsos. Fué la palabra de Jesús la que hizo buena y fiel á tu mujer, y la que retiró del lodasal á tu hija Neéra.

«Habita con nosotros. Somos felices. Vivimos en comunidad en es este barrio, en muchas casas contiguas. Cada uno trabaja según sus fuerzas, y come según su apetito; tenemos aún para atender á los enfermos y alimentar á los ancianos. Jesús ha querido que todas las dificultades de la vida fuesen

fácilmente resueltas (salvo en el caso en que determina probarnos) por la asociación, es decir, por el amor. Somos la familia agrandada, esperando ser la humanidad fraternal reunida en Dios.

En fin, si aún quedan en la vida del Salvador cosas que te dejen perplejo, ya las comprenderás á medida que tengas el cora-

zón más puro y mejor la voluntad. Y si no puedes dilucidar todo, te acordarás á punto de que Jesús es el hijo de Dios, y adorarás el misterio.»

Y Mucius respondió:

—Amén.

JULIO LEMAITRE.

(Traducción para «Revista Moderna»).





PARA un ABANICO

I

Ayer pensé mucho en ti,
y en esta tarde otoñal
te evoco, y eres así
como Madama Real.

Como en la pálida I
sabel de Baviera, ideal,
es el divino rubí
de tu boca espiritual.

En la gran melancolía
de mi crepúsculo, ¡oh pía,
dulcísimamente buena,

Eres un recuerdo azul,
un sueño como de tul
y un rayo de luna llena.

II

Lánguida como un ombú,
tu voz sonámbula y quieta,
solloza como una *u*
y canta como una *Z*.

Noble y lírico tisú
borda mi angustia secreta
para tu corpiño, y tú,
melancólica silueta,

Eres bella y eres triste,
algo de luto se viste,
en tus mejillas ducales.

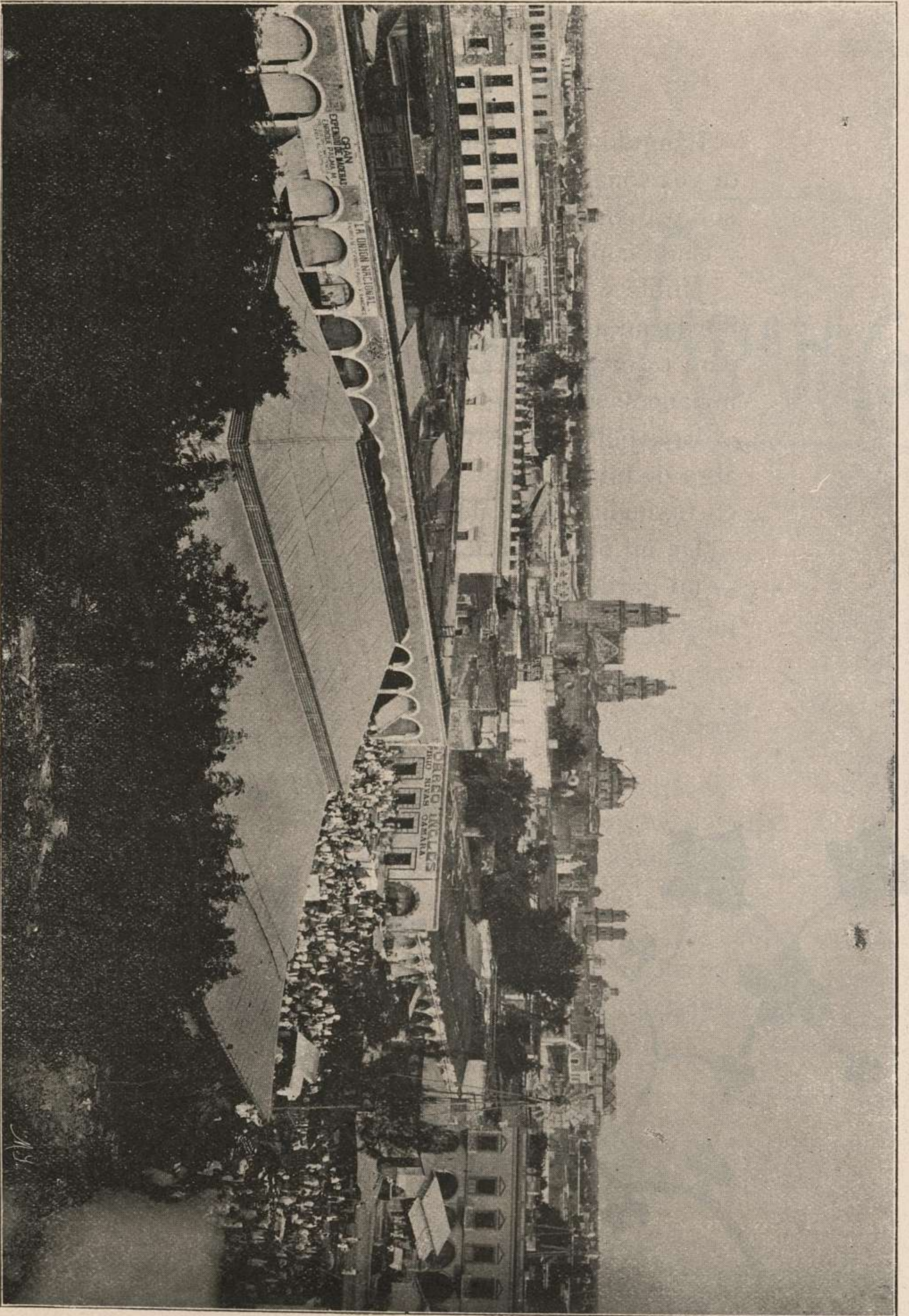
De mi ojal un lirio arranco
—mi gardenia—un lirio blanco—
para tus manos nupciales.

EMILIANO HERNÁNDEZ.

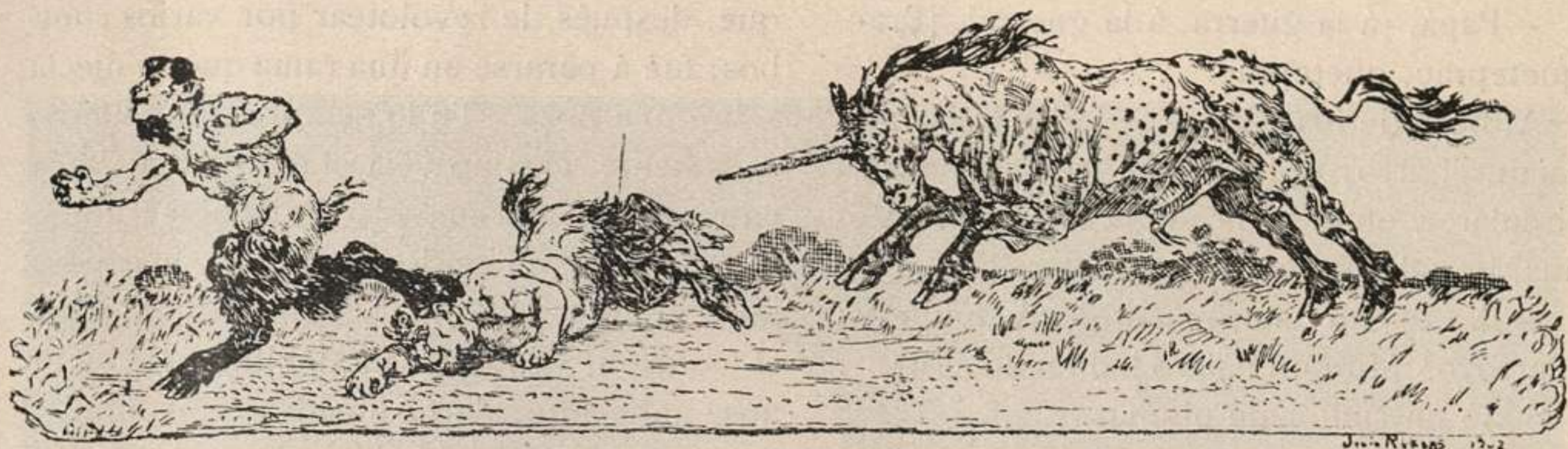
1906



LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN YUCATÁN.



Vista panorámica de Mérida de Yucatán.



LA ALEGRE PRIMAVERA BRINDA FLORES.

El mes era de Mayo, un tiempo glorioso, cuando las aves hacen un solaz deleitoso.

LORENZO SEGURA DE ASTORGA.

Una hermosa tarde primaveral, cuando el sol caía, salieron á paseo el abuelo, su hija y el nietecillo; caminaban, conversando aquellos, mientras éste corría, alegrando la campiña con sus gritos y los gorjeos de su risa jocunda. Llegaron á una planicie, entre cuya verdura un arroyuelo mansamente deslizaba sus errantes cristales, aquí y acullá, jugando con las guijas y riendo entre ondas y blancas espumas. No lejos, un bosque de tupipidas frondas lanzaba al cielo oleajes de aromas y rumores. . . .

*
* *

—Papá, ¿quieres esperarme aquí, mientras voy por flores?

—Sí, Laura, pero déjame á Tulio; ya debe estar cansado.

—Tulio, ven, acompaña á papá. Yo voy á traer flores al bosque. ¿Quiéren ir á sen-

tarse en el tronco que está cerca del álamo? Si; pues vamos, allí estarán bien.

Laura, al decir esto, tomó al anciano por el brazo para guiarle, pues hacía algún tiempo que estaba ciego, y los tres caminaron hacia el árbol, que al soplo del viento se argentaba, mostrando el dorso de sus hojas; á su sombra y sobre el tronco caído, sentóse el anciano, que tomó entre sus manos arrugadas y temblonas, las del niño, frescas y jugosas.

Laura dijo á Tulio:

—Platica con papá, y no te acerques al arroyo; volveré pronto trayéndote muchas flores.

Luego, inclinándose, le besó y partió, recogiendo su falda que flotaba airosa, más airosa que una corola, y que, al ritmo de su paso, se plegaba, temblaba y se estremecía como una flor ideal, viva, voluptuosa, acariciadora y llena de gozos y deseos.

—Papá, juguemos al caballo.

El niño cabalgaba sobre un muslo del viejo.

Tranquilo y puro el cielo vertía las postreras claridades del sol ausente, y los primeros resplandores de una estrella. . . .

—Papá, ¡á la guerra, á la guerra! ¡Prac, queteprac, queteprac!

Al beso de los pétalos y de las hojas que caían, el arroyo plegaba su trémula sonrisa circular, y en el agua, de la imagen de Venus, brotaba un surtidor de estrellas.

—¿Ya te cansaste, papaito? ¿A dónde va el arroyo? Mira un pájaro bebiendo agua.... Sonó un rumor de plumas. . . .

—¡Ya se fué! ¿A dónde, papá?

—A su nido, á descansar con sus polluelos.

Sonaron, lentas, las campanadas, diciendo al día con tristeza: «adiós. . . . adiós. . . .»

El anciano suspiró largamente.

Soplaba un vientecillo suave y oloroso, que traía, con las voces del bosque, el sonido de un canto.

—Mamasita canta, mamásita está cantando. . . . ya viene.

Una mariposa que volaba se posó en el césped.

—¡Una mariposa! ¡Qué bonita es! ¿La cazo?

Y diciendo esto, Tulio se deslizó de los brazos del abuelo, que le dijo: «No te alejes mucho,» poniéndose á jugar cariñosamente con la caliente gorrita del niño; éste se puso á perseguir á la mariposa que escapó. ¡Apa! ¡se fué! dijo, y quedó mirándola; luego, alejándose del viejo, corrió tras ella,

que, después de revolotear por varios rumbos, fué á pararse en una rama que se mecía sobre una poza. Tulio se aproximó cuidadosamente, casi no veía el arroyo; su boca entreabierta, con suavidad exhalaba el aliento; sus ojos, dilatados, veían la mariposa muy grande, brillante y bella; le palpitaba el corazón; ya fuerte, ya débilmente; inclinóse anhelante, alargó ansioso la manita.... Iba á cogerla ya. Irradiaba alegría. ¡Qué feliz! Pero, antes de alcanzarla, perdió el equilibrio, y se hundió en la poza, quedando prisionero entre las zarzas del fondo.....

El agua hizo un gluteo al tragarlo, y se enturbió; mas pronto tornóse cristalina y siguió riendo entre las guijas.

La mariposa huyó asustada, para luego continuar alegre revoloteando.

*
* *

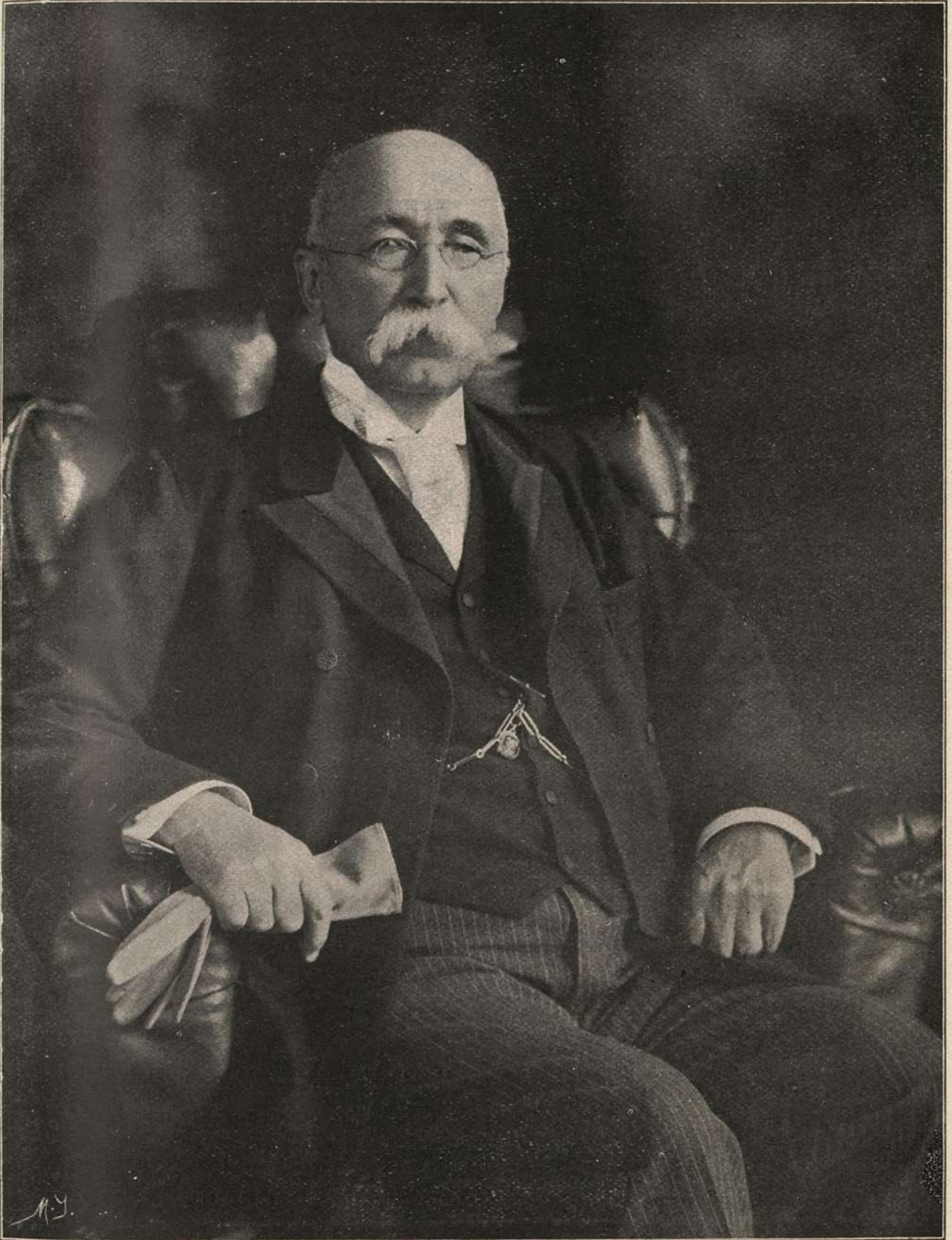
La tarde moría; esfumábanse las formas perdiendo su color, y suspiraba la noche que nacía entre el fuigor de las estrellas.

Triste, muy triste, el anciano acariciaba cariñoso la caliente gorrita, cuando apareció la madre en un claro del bosque, cantando:

«La alegre primavera brinda flores.»

RUBÉN VALENTI.





Lic. D. Olegario Molina, Gobernador del Estado de Yucatán.



CIUDAD CONQUISTADA

(TENOCHTITLAN—MEXICO)

De «Alma América.»

A Amado Nervo.

I

Vino del mar el grupo de hombres blancos y hermosos, fuertes como titanes y altos como colosos, que en la playa, aquel día, surgieron de repente como una visión rara.

Tenía uno en la frente un lucero; otro héroe blandía en la mirada un rayo que era como la hoja de una espada; otro, encima del peto, la cruz; otro, en la mano, un halcón de nobleza, y otro, un laurel pagano: todos vaciados eran cual en un molde, todos se entendían al simple contacto de sus codos, todos tenían su alma bajo del mismo cuño y se apretaban como los dedos en un puño.

El capitán lucía por signo de grandeza
 un Sol, como aureola, detrás de la cabeza;
 mostraba una caricia perpetua de ternura
 en el tornasolado metal de su armadura;
 y si los pies movía, dejaba como huella
 una flor. . . . una estrella. . . . y una flor. . . . una estrella. . . .

—Y bien; ¿para qué naves?—

En la extensión remota
 del mar, se balanceaba la aventurera flota,
 como si recordase, desplegando en los cielos
 sus lonas, el simbólico adiós de los pañuelos,
 con que madres, hermanas, novias, en sus dolores,
 despidieron al grupo de los Conquistadores.

—¿Para qué naves?—

Todos tendrán la misma suerte.
 El regreso es infame. . . . La victoria ó la muerte.
 Y como en una de esas hazañas, á que Homero
 consagra sus mejores exámetros de acero,
 Hernán-Cortés, á modo de un dios del paganismo,
 manda quemar sus naves.

El encrespado abismo
 del mar hincha sus olas con regocijo; y luego
 que se enrosca en las naves la serpiente del fuego,
 cada ola que lame los pies de los soldados
 tiende sobre la arena leños carbonizados.

El héroe, con los ojos tristes y alta la frente,
 se queda pensativo, mirando largamente
 el desfile, que es como de penachos y golas,
 de las espumas blancas sobre las negras olas;
 y, de súbito, lleno de la fe más segura,
 clava los ojos sobre las selvas de la altura
 que se encrespan encima de los riscos, se siente
 ungido por la gloria, y, ante su brava gente,

extiende como un guía, hacia el confín lejano,
con gesto majestuoso, la imperativa mano.

Estremécese el grupo; ruge el león de España;
y un tropel de caballos penetra en la Montaña. . . .

II

Era la fuerte raza de cobre. Era la fuerte
raza que en sus altares rindió culto á la Muerte,
ofrendando á sus dioses de figuras extrañas
víctimas palpitantes y sangrientas entrañas.
Era la vieja estirpe del Anáhuac.

Un día

llegó á través de siglos, llena de poesía
heroica y resonante (que en la penumbra inquieta
florece y que hasta ahora no ha tenido un poeta)
con el afán de un río que se desborda.

Noche

de misterio á su espalda pendía bajo un broche
sangriento: anduvo. . . . anduvo. . . . más de trescientos años,
por comarcas salvajes y países huraños,
hasta que en las orillas de un lago de leyenda
paró los pies errantes y levantó su tienda.

Acueductos de entonces y anticuados canales
siguen aprisionando los bullentes cristales;
están en pie los muros de los templos; malezas,
en las desnudas rocas, visten las fortalezas;
y los árboles viejos que volcaban sus copas
sobre el baño, en que, libres del peso de sus ropas,
lavaban las mujeres del Rey su carne un día,
siguen como esperando mujeres todavía. . . .

Era la fuerte raza de cobre. Era la fuerte
raza en cuyas historias, que son cuentos de muerte,

Quantlatohuatl bravea, Netzahualcoyotl canta
y Cuauhtemoc tranquilo pone al fuego la planta. . . .

¡Gran poesía, fuerte poesía, gloriosa
poesía la de esa raza que no reposa!
Arranca de la altura del éxodo tolteca,
y como una cascada que al chocar se desfleca,
salta en las siete tribus, bulle en la gran laguna
y tiembla como un sueño besado por la Luna,
cuando, ante la sorpresa de todas las montañas,
de súbito aparece la isla entre espadañas.
Llega la poesía del símbolo que miente
un águila en el charco que pica una serpiente;
y llega, como en una visión de otra divina
Salambó que en pie se alza sobre la azteca ruina,
la poesía, llena de amores, de la hermosa
Xochipapalotl (nombre de flor y mariposa).

Era la fuerte raza de cobre.

Ante ella un día
apareció el hispano, con actitud bravía,
ceñido de aureolas entre su arnés guerrero,
como un reverberante camaleón de acero.

Hernán Cortés dió un paso. La acobardada tierra
tembló toda. A lo lejos, se oyó un clarín de guerra.—
El águila del charco que pica la serpiente
vino, como una sombra, volando de repente
á parársele encima del casco fatigada;
y, entonces, la serpiente se le enroscó en la espada.

III

Innumerables fueron las heroicas proezas
de Cortés y de todos los suyos.

Las cabezas
ganaron sus coronas de laurel bravamente.

Los brazos ejercieron en el bosque imponente olímpicas gimnasias. Los pies en la bravía montaña abrieron sendas de orgullo y de osadía. ¡Oh las innumerables hazañas españolas! ¿A qué contar las nubes? ¿A qué contar las olas? Baste saber que nunca ha habido ni habrá nada más heroico: es preciso recurrir á la *Ilíada*, para encontrar apenas héroes —nunca mayores— que puedan compararse con los Conquistadores.

Los obstáculos que hubo de hallar en su camino Cortés, fueron muy grandes; pero es más el Destino. No fué sólo la virgen *Natura* que, aunque bella, es tan hostil como una desdeñosa doncella; no fué sólo la cumbre de inaccesibles tramos, la selva inverosímil de exuberantes ramos, el despiadado río que interrumpe el sendero, la galga que de pronto se desprende, el madero que se troncha, la yerba que disimula el lodo de un tembladero, el ábrego indomable: fué todo eso; y, además de eso, la envenenada flecha de un indio, á cada instante, que partía derecha á clavarse en el anca de un corcel ó en el brazo de un héroe. Inútilmente sonoro arcabuzazo espantaba el silencio: no era la cobardía propia de aquellos indios; y la flecha partía. . . .

Con femenina gracia, la virginal *Natura* ofrecía á los ojos su pródiga hermosura como un presente griego; y, así, la maravilla de sus montañas llenas de olores de vainilla, en las que los bisontes galopaban, y á veces gamuzas y venados, y en cuyos ríos, peces había de dibujos tan pintorescos como los que á la par lucían las fieras en su lomo, —maravilla de engaño— también echaba al viento

la fiebre —mariposa negra— y con el aliento envenenaba siempre la sangre del que, en día de Sol, cerca de un charco, rendido se dormía.

Pero más peligroso que la Naturaleza ha sido siempre el hombre. . . .

¿Por qué es que la cabeza dobla Cortés, dejando caer, como agostada hoja que se desprende, la hoja de su espada? Lloro. . . . Es la Noche Triste. . . . Capricho de la suerte arranca llanto á mares del corazón más fuerte; que no en vano, por otro capricho, también salta la fuente más profunda de la cumbre más alta.

Lloro. . . . Lloro. . . . Su gente se desbanda perdida. Se le escapa la gloria. Se le nubla la vida. Lloro. . . . Lloro. . . . Está oculto bajo el árbol piadoso que sobre él vuelca la ancha copa de su reposo. Nadie le ve. Él encubre su rostro con las manos; y llora así.

¿Y qué pueden valer ojos humanos para turbarle al héroe sus íntimas querellas, si le están viendo en cambio más de diez mil estrellas?

¡Ah! Por fin vence; y vence del todo.

Montezuma muerto es. Queda cautivo Guatimozín. Se abrumba aquella fuerte raza de cobre, como un tronco hachado en las raíces. Y entre el empuje bronco de torrencioso estruendo, la capital fundada por Tenochti, es á modo de otra Ilión.

Con su espada Hernán Cortés, entonces, hace saltar la puerta del palacio.

Está en medio de la sala desierta: la cabeza sacude con un gesto arrogante,

pone en alto la barba, fija un pie hacia adelante y lentamente cruza los brazos sobre el pecho, como alguien que estuviese reclamando un derecho.

IV

Años después, en una noche de mar, sombría como el remordimiento de un crimen, se veía un leño, en que flotaba, sobre las convulsiones de la ola, un cadáver entre cuatro blandones.

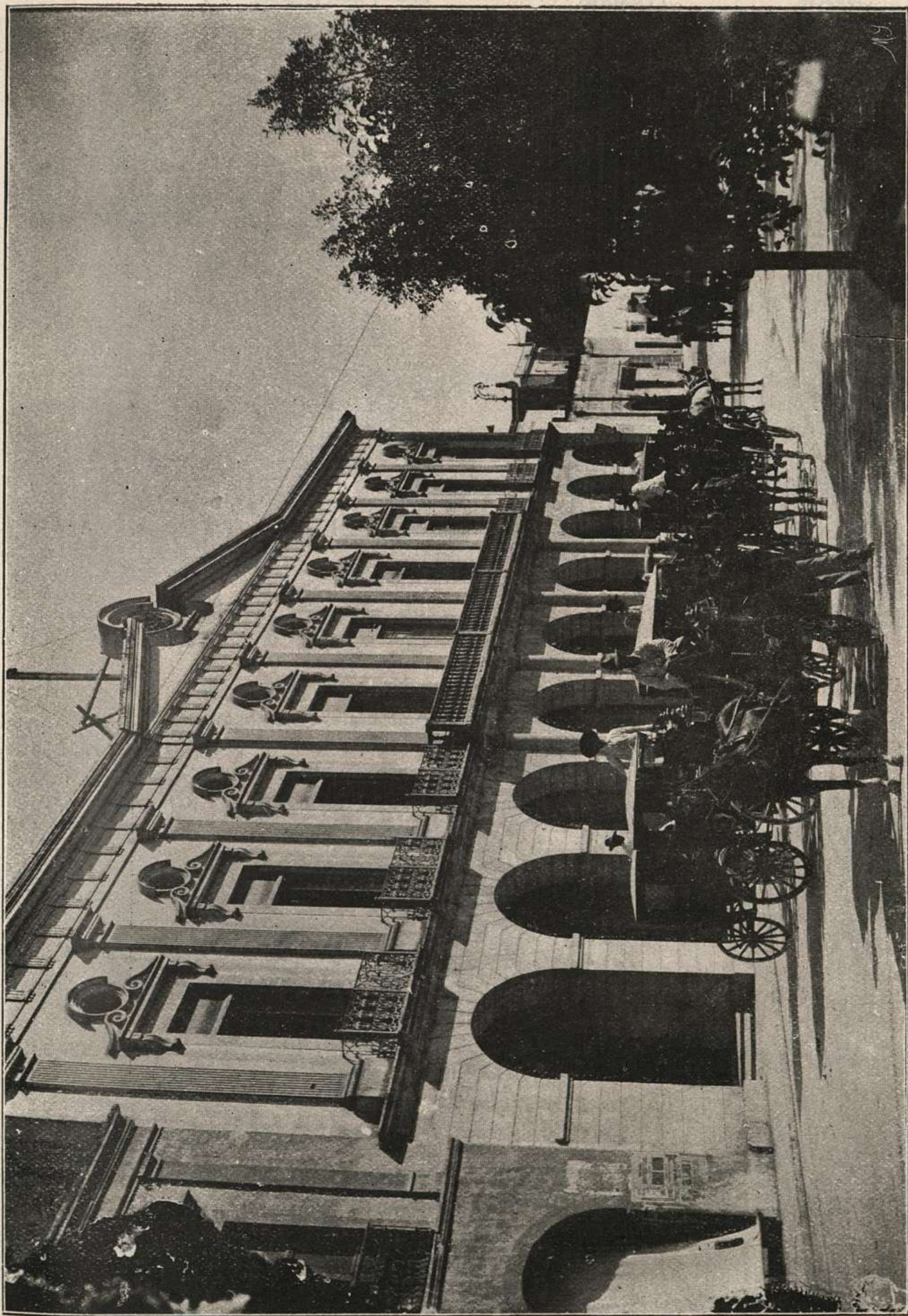
Tal desde Iberia á México el héroe regresaba, á manera del dardo que retorna á su aljaba.

Como el Cid misterioso de las viejas historias, que hasta después de muerto supo alcanzar victorias, Cortés dejó las playas de su nativo puerto y atravesó los mares hasta después de muerto. . . .

JOSÉ SANTOS CHOCANO.



LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN YUCATÁN.



Palacio del Poder Ejecutivo. Mérida. Yucatán.



UN NUEVO LIBRO

Salvador Díaz Mirón, ha terminado ya su libro «Triunfos,» y pronto pasará, de los tórculos, á las ansiosas manos de sus admiradores. Ha tenido el gran poeta la gentileza de cedernos, para su publicación, una de las composiciones que lo integran; y hoy la ofrecemos á nuestros subscriptores, como una bella muestra del flamante numen del egregio poeta.

Constantemente recibimos correspondencias de la América del Sur, en que sus autores — todos literatos de nota — lamentan

la ausencia de la Musa de Salvador, de las columnas de nuestros periódicos literarios; hoy tendrán por qué regocijarse con la lectura de esa poesía, y más aún con la buena nueva del libro de Díaz Mirón, «Triunfos.» Esperamos que el excelso vate no nos escatimará, digámoslo así, aunque injustamente, en lo de adelante, esas repujadas áureas joyas de su talento artístico, para congratulación nuestra y de nuestros lectores, fuera y dentro de la República.



Hacienda de Sodzil, en Mérida, donde se verificó la velada en honor del Sr. Presidente.



Entrada á la Hacienda.



Parque de la Hacienda.

LEONAINIE

Poesía inédita de EDGARD ALLAN POE.

Al sabio director de la publicación inglesa, «Fortnightly Review,» Alf Russel Wallace, le fué enviada hace años, por un hermano suyo, que entonces exploraba el Far West americano, una poesía firmada con las iniciales E. A. P., á la que acompañaba ésta anotación:

«Líneas que en vez de dinero dejó un caminante en un albergue del camino, en

pago del hospedaje de una noche.» Insertamos en seguida la bellísima poesía, recientemente publicada por la citada revista inglesa, y una traducción, hecha sólo en obsequio de los lectores ajenos al idioma original, y violentando un algo el profundo respeto que nos inspira el poeta divino «qui donna un sens plus pur aux mots de la tribu.»

LÉONAINIE

Leonainie angels named her and they took the light
Of the laughing stars and framed her in a smile of white
And they made her hair of gloomy midnight and her eyes of bloomy
Moonshine, and they brought her to me in a solemn night.

In a solemn night of summer when my heart of gloom
Blossomed up to greet the comer like a rose in bloom.
All foreboding that distressed me I forgot as joy caressed me,
Lying joy that caught and pressed me in the arms of doom.

Only spoke the little lisper in the angel tongue,
Yet I listening heard the whisper: «Songs are only sung
Here below that they may grieve you, tales are told to deceive you,
So must Leonainie leave you while her love is young.»

Then God smile and it was morning, matchless and supreme.
Heaven's glory seemed adorning earth with its steem;
Every heart but mine seemed gifted with a voice of prayer and lifted,
When my Leonainie drifted from me like a dream.

E. A. P.

LEONAINIE

Los ángeles la llamaron Leonáinie. Con la luz pura
De los astros la formaron en sonrisa de blancura;
Con la noche en los cabellos y un albo claro de luna
En las radiantes pupilas. Y á mí la trajeron una

Noche solemne de estío, cuando en mi ser el hastío
Floreció para acogerla como rosa en primavera;
Y esa dicha que ahuyentara el pesar que me oprimiera
Falaz me arrojó en los brazos de mi destino sombrío,

Y del ángel la voz suave aun escucho que murmura:
“Si aquí en la tierra los cantos á las almas son un daño;
“Si en este suelo se esconde en toda frase un engaño,
“Debe, pues, partir Leonáinie, ahora que su amor fulgura.”

¡Mañana única y suprema! Dios en lo alto sonreía,
Su gloria adornó á la tierra llena de amoroso empeño....
Y oraban todas las almas, menos ¡ay! el alma mía,
Cuando de mí se alejaba Leonáinie, como un ensueño!

JOSÉ JUAN TABLADA.



Uno de los proyectos del monumento á Juárez.



EL MONUMENTO A JUAREZ.

En este mismo número publicamos en fotograbado la maqueta de uno de los proyectos de monumento, sometidos al dictamen del Jurado respectivo en el concurso convocado por la Comisión del Centenario.

El público inteligente considera que, ante un Jurado menos exquisito que el que ha fallado de tan inesperada manera, el proyecto que reproducimos hubiera sido, muy probablemente, el acreedor al premio.

Pero el Jurado esperaba, sin duda, que desde ultratumba mandaran proyectos Ictinos ó Miguel Angel, y eso explica su fallo abrumador para los arquitectos que entraron al certamen.

Es posible que, ante un criterio radicalmente latino y greco-romano intransigente, ese proyecto no realice un ideal; pero ese gesto de colossal desdén no puede destruir de un golpe todo el arte oriental, muchos de cuyos caracteres tiene el que, en las épocas precortesianas, floreció en nuestro territorio.

En cambio, para el mexicano que aliente el noble anhelo de emanciparse algún día de opresoras y estériles influencias extranjeras, para el que abrigue el posible ideal de que México tenga en la actualidad un arte propio, ya que en remotas épocas lo tuvo, para ese anhelo y ese ideal, el monumento «zapoteca» que reproducimos, se impone y exige una atenta consideración muy diversa del olímpico desdén del Jurado.

Que el monumento tiene, en general, condiciones estéticas bastantes para ser digno de sustentar la efigie del gran republicano, lo verá cualquiera que, con la facultad de apreciar lo bello, no tenga prejuicios en el espíritu y callos de clasicismo en los ojos. Que es eminentemente «zapoteca,» que, para honrar á Juárez, un zapoteca de raza pura no tuvo que pedir nada á las artes extranjeras, como el mismo Juárez tuvo en la Nación misma los fuertes y fecundos elementos de su obra redentora y libertaria, es cosa de que se persuade cualquiera, tras del menor análisis.

El monumento á que nos referimos, supone en su autor conocimientos arqueológicos excepcionales. El genio redivivo de una raza, injustamente olvidada en las necrópolis, se asoma en el menor detalle de su estructura.

El basamento, con sus grecas en relieve, de igual carácter, aunque más sobrias que las de los palacios de Mitla; con su escalera, de huellas más pequeñas que los peraltes, es la perfecta estructura de un antiguo «teocali» (modelo de templo en la colección Sologuren). El simbolismo perfectamente idóneo, se impone. Una construcción religiosa es la base del monumento á Juárez, como en el alma mexicana una firme base de religiosa gratitud sostiene su memoria.

En el segundo cuerpo, un grupo de sacerdotes zapotecas, como solemnes custodios, simbolizan el genio de la raza, el genio nacional mismo, guardián de la memoria sagrada del héroe. Sobre esos dos cuerpos se levanta el obelisco, cuya estructura es igual en carácter, en forma, á las conocidas y admirables estelas de Monte Albán. El nicho, excavado en una de las caras del prisma, no es arbitrario, puesto que tiene un riguroso antecedente en el arte nativo en que el proyecto está inspirado. De la unidad y de la armonía del monumento, responde un hecho de fácil comprobación: ninguno de los cuerpos que lo integran puede ser separado, sin que el monumento quede incompleto y trunco.

Todos los detalles, las cabezas de Ehecatl, esculpidas en relieve; el «Quetzacoatl» que, formando un amplio y armonioso motivo de ornato, concurre también al simbolismo, rodeando el busto de Juárez con la representación india de la alta sabiduría; la flor, ornamentalmente estilizada de la parte superior de la estela (una inconcebible ignorancia, una miopía aguda, habló de «flor de lis,» al ver ese detalle floral); la base en que el águila reposa, todos son detalles que, familiares á los arqueólogos, sólo pueden ser desconocidos por los ignorantes en la materia, ó por los que, con un lamentable

parti-pris, denigran sistemáticamente todo lo que es mexicano.

Lo triste del asunto, es que el fallo del Jurado ha venido á obstruir el cauce por el que desbordaba el generoso sentimiento patriótico de la nación entera.

Toda la nación deseaba, continúa deseando, erigir un monumento á Juárez, y el fallo del Jurado lo impide.

El obstáculo es más grave de lo que se cree. Se ha propuesto poner el día del centenario la primera piedra de un monumento que se hará después, y esa realización posterior, que sería probable en un carácter menos inconstante que el nuestro, es entre nosotros imposible. ¡Cuántas primeras piedras colocadas en una explosión de patriotismo, duermen eterno sueño bajo el pavimento de la ciudad! Como los sueños del poeta, son

«..... crisálidas
que no llegaron nunca á mariposas!»

Para concluir, copiamos algo de lo que sobre el monumento, cuyo proyecto publicamos, dijo días pasados «El Mundo:»

«Además, entre el público inteligente ha llamado la atención un proyecto de monumento, que se juzga muy digno de conmemorar al héroe indio y á su obra redentora.

Se trata de una obra de arte nacional, que se emancipa de las influencias extranjeras, como la obra misma del libertador indio. Es un monumento zapoteca inspirado en los vestigios de ese arte que se nos ha revelado en la maravillosa Monte Albán, y que si no es enaltecido lo bastante, es sólo porque se ignora lastimosamente. Si Juárez fué un indio de pura raza, ¿qué cosa más natural que honrarlo con el arte creado por el genio de su raza misma? El monumento es grandioso, severo, eternamente mexicano, nuestro.

Si alguna vez se ha impuesto el «nacionalismo,» es hoy que se trata de honrar al héroe indígena, que, sobre las tribulaciones y las amarguras de su raza, hizo que la frente india se levantara, quizás por última vez. Si pareció natural y justo erigir á Cuauthe-

mo un monumento indio, no lo es menos levantarlo á Juárez, tan indígena como aquél, y sobre cuya alma pesaban, además, abrumadores atavismos, que el glorioso emperador postrero no conoció.

Y si para erigir ese monumento fuera á

tenerse en cuenta la opinión del glorificado héroe, ¿cómo no creer que Juárez mismo daría su justa y gran aprobación al hermoso monumento, que condensa armoniosamente la fuerza y el genio de la raza india ...?»

PARTIDA DE UN ARTISTA

El día 12 del corriente salió de esta capital, con destino á París, el pintor Juan Téllez, autor de muchos cuadros que estuvieron expuestos en la Academia de Bellas Artes, y que llamaron grandemente la atención del público inteligente. Si entonces no tuvo Téllez la aprobación del *academismo*, mereció en cambio el entusiasta sufragio de toda la juventud. Eso debe satisfacerle; eso denota que sus obras, llenas de originalidad y de independencia, no pertenecen al triste y estéril pasado en que ese academismo tiene fijos los ojos, sino al presente libre y fecundo, al glorioso porvenir. Por lo demás, y no obstante esas adversas críticas, el talento de Téllez mereció una honrosa sanción, puesto que la Secretaría de Instrucción y Bellas Artes, adquirió dos de los cuadros de Téllez (la copia de la «Maja

echada,» de Goya, y un «Borracho,» original), que de hoy en adelante figurarán en las galerías de nuestra Academia, de donde Téllez fué, hace años, alumno. Ese unánime aplauso de la juventud, y ese reconocimiento de su talento por el señor Secretario de Bellas Artes, alto y seguro árbitro en toda cuestión de Belleza, deben persuadir al artista, de que en México se le quiere y se le estima.

«Revista Moderna,» en extenso artículo, ha expresado ya toda la admiración que siente por el talento de Téllez, toda la significación que espera tendrá su talento en lo porvenir. Y ahora hace votos, porque en el medio de gran lucha y de gran triunfo que le ofrece la capital del mundo, encuentre Téllez la consagración de su talento.





HONROSA DISTINCION

El Sr. Subsecretario de Instrucción Pública, Lic. Don Ezequiel A. Chávez, ha sido recientemente objeto de una honrosa y merecida distinción. La Universidad de California, por conducto del Sr. Dr. Ernest Carrol Moore, lo ha invitado para que el próximo mes de Junio, y durante la Gran Asamblea que todos los Profesores de la Unión celebrarán en San Francisco, dé una serie de conferencias sobre México, su historia, su gobierno y sus instituciones polí-

ticas. Magna y difícil es la tarea; pero el maestro Chávez sabrá desempeñarla brillantemente. Lo garantizan, su vasta sabiduría, su método admirable y sus singulares condiciones oratorias.

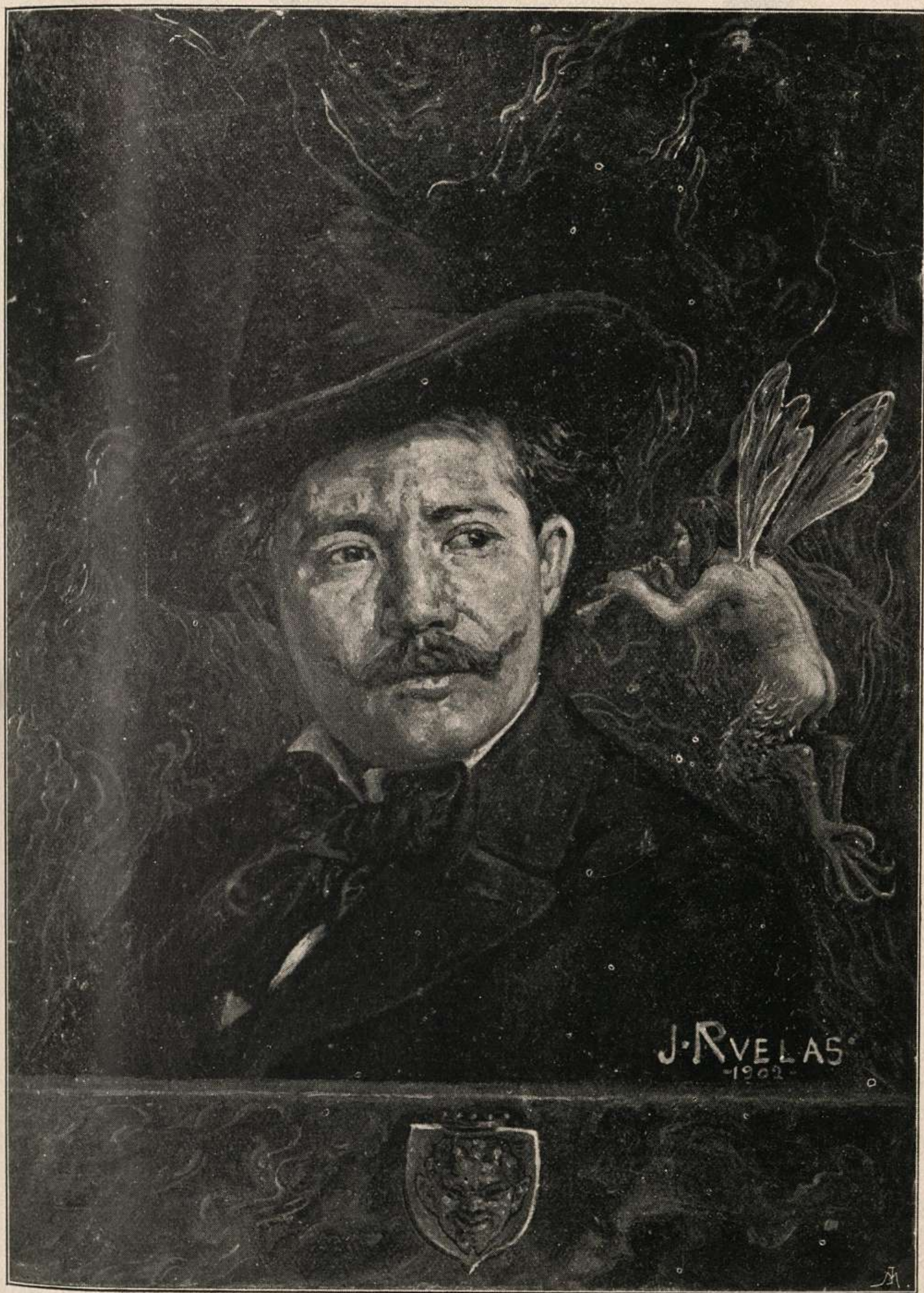
Si sus constantes atenciones en el Ministerio no se lo impiden, el Sr. Chávez irá a San Francisco, en la indicada fecha, para desempeñar su honrosa comisión que, por mil títulos, merece ser atendida.

UNA GRAN OBRA DE CIENCIA Y HUMANIDAD

Expensados por la Secretaría de Gobernación, y generosamente retribuidos por ella, trabajan actualmente en el Hospital General dos eminentes bacteriólogos austriacos, siendo la investigación de los gérmenes del tifo, el objeto de sus arduas tareas. Los referidos especialistas, que vinieron de Viena, llamados por la expresada Secretaría, inauguraron hace ya días sus labores de incalculable trascendencia.

A nadie se ocultará todo lo que encierra de beneficios, para la humanidad y para la ciencia, esta determinación de nuestro Gobierno. El tifo mexicano, llamado tabardillo por el eminente clínico Dr. Jiménez, y

por él caracterizado como una modalidad distinta del tifo exantemático de Irlanda, Londres y otros lugares, debe ser estudiado, sin tener en cuenta los estudios hechos en otras partes, en sí mismo, y puesto que es diverso, procurar conocer su germen, que sin duda será diverso también. Mucho debe esperarse del trabajo de los eminentes bacteriólogos; tal vez su resultado salve a la metrópoli de la desoladora plaga. El Sr. Secretario de Gobernación, por esta su sabia medida, que hemos calificado de científica y humanitaria, se ha hecho acreedor a la gratitud de la ciudad y de todos los lugares donde reina la siniestra enfermedad.



Rubén M. Campos.—Notable óleo de Julio Ruelas.



“CLAUDIO OROÑOZ”

NOVELA POR RUBÉN M. CAMPOS.

El advenimiento de una bella novela escrita por un verdadero artista, es cosa insólita en nuestro tiempo y en nuestro medio. Para concebirla, necesitanse dones de observación, cualidades de cultura, una personalidad artística bastante vigorosa para que la visión subjetiva de la realidad sea interesante y cautivadora, y, cosa más difícil en nuestro medio de inconstancias y de lasitudes: un largo esfuerzo intenso y continuado....! Rubén Campos, el poeta apasionado y colorista, autor de «Claudio Oronoz,» ha demostrado en esta su obra más reciente, la posesión casi completa de todas esas cualidades. Así, su novela resulta un real, intenso y emocionante episodio de la trágica y triste vida humana. Su observación ha sido bastante penetrante y sutil para sorprender los aspectos de la vida, los movimientos de la emoción, las apariencias materiales de los seres, de los paisajes y de las cosas. Su proceso puede dejar que desear; pero no porque se revelen en el autor de la hermosa novela ignorancias ó incompreensiones, sino, más bien, por cierta falta de refinamiento, por cierta timidez, por cierta

enumeración prolija, tal vez innecesaria, para lograr una impresión fuerte y honda en el ánimo del lector. Todos los aspectos de la vida llevan en sí, entre otros elementos, alguno que es su alma misma, su sello, su *carácter*. Este elemento es el que el artista debe discernir claramente y desentrañar con eficacia, sacrificando todos los demás. Caracterizar enérgicamente es uno de los deberes que se impone, ineludiblemente, un artista, y cumplirlo es triunfar en la mayoría de los casos. Esa facultad sintética que admira en los grandes artistas plásticos y literarios, es la que, en el caso del autor de «Claudio Oronoz,» vemos ejercitada débilmente. Con frecuencia sentimos al leer su novela, que nuestra emoción sería más efectiva si el autor hubiera sido menos extenso y más intenso. Un dibujante puede complacerse en detallar una cabeza, sin conseguir transmitir la imagen del modelo, y puede otro, penetrado de los elementos que entrañan su carácter, conseguir ese resultado con un apunte sumario. Pero en Rubén Campos, esa prolijidad entraña un honrado escrúpulo de realismo. No presenta á la

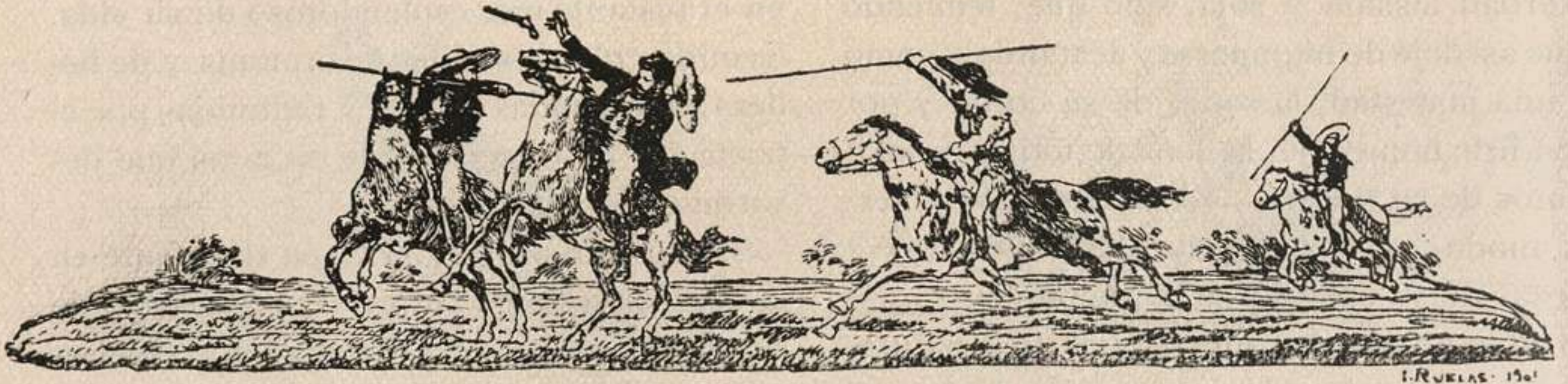
Verdad aislada y sola, sino que, temiendo que así deje de imponerse y acatándola como á una majestad, la rodea de su corte, y por rendirle homenaje, la llena de todos los atributos de su poderío. El lector gana en cierto modo, pues así el autor hace lucir las bellezas de su estilo, y su temperamento, permeable á todas las sugerencias de la naturaleza, rompe á cada instante en himnos y salmos á la vida, ardientes y desenfrenados como un «Evohe,» vibrantes é impetuosos como un Peán. Hay una gran sensuolidad y una gran melancolía en este libro. Libro sin trabajosa urdidumbre, sin tesis trascendental, sin argumento elaborado. Su episodio es bello y simple. Es la historia de un adolescente, que lleva en sí mismo una aspiración delirante hacia la vida y un germen mortal que, despóticamente inexorable como un destino, lo empuja rápido y fatal hacia una muerte prematura. Pasa él por la vida y, apurando hasta las heces una copa, ve dibujarse en el fondo la imagen de la muerte, en los rasgos de su propio rostro emaciado. Pasa la vida junto á él; pero cada fruto de amor, cada poma carnal y fragante, se deshace en ceniza apenas entre sus labios. El sedimento cinerario, el relente de cripta van con todas sus sensaciones, y una visión macabra se sienta en todos sus banquetes. De allí, el continuo estremecimiento, trágico y doloroso, que vibra al fin de todos los capítulos, como al fin de las tardes sacude el temblor febricitante al enfermo infeliz. Sensualmente tratados, con la sensualidad intensa y enamorada de un De Troy, de un Utamaro, hay intensos é inquietantes retratos de mujeres; bellezas profesionales y cosmopolitas que, sin dificultad, identifica el recuerdo, que han desaparecido, ó cuya triste imagen actual derrumbaría brutalmente toda una leyenda amable y pecadora; pero que el autor fija estéticamente

en el instante más esplendoroso de su vida, fecunda en sugerencias de armonía y de belleza, aquilatadas en oro y redimidas por el poeta de las tristezas y de las taras que llevaron en la realidad.

Marca este libro, una etapa triunfante en la evolución de su autor; el preciosismo de su primer estilo se ha transformado, y el similar antiguo es hoy metal de alta ley. La experiencia le ha dado al poeta una escéptica y dolorosa visión de la vida, y nadie, ¡ay! podría tachar de pesimista su sincera amargura. Pero un agreste panteísmo, lleno de fragancias y de frescuras, una robusta sensualidad barre con su gran soplo lírico la ceniza que á trechos se amontona. Puede la vida ser desconsoladora, pero es bella su apariencia. Con todos sus sentidos absorbe el autor esa belleza; con esas impresiones nutre las estrofas de su himnario, y, si al fin de su libro, hay una tumba, se llega á ella entre pompas y bellezas, por floridos caminos, entre la suprema belleza de los gestos de la Mujer. . . . A cada instante, por un bello procedimiento de contraste, usando un bello *leitmotiv*, el autor nos presenta la egregia belleza de los dos volcanes del Valle, incommovibles y eternos, frente á las angustias de una vida deleznable y frágil. Y al fin del libro nos deja suspensos, frente á su azul serenidad llena de nieve. . . .

Y el arte del poeta, que nos ha hecho seguir el lamentable vía crucis del enfermo, no deja al fin una impresión depresiva. Allí quedan los despojos del inválido, abandonados por los vampiros á las larvas; pero nuestra angustia se va á lo alto, hacia las cúspides de nieve, transformada en melancolía evanescente, como una espiral de humo azul sobre los restos carbonizados y retorcidos de una extinta fogata. . . .

JOSÉ JUAN TABLADA.



LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN YUCATAN

Los festivales en Mérida en honor del primer Magistrado de la Nación, han sido, en el mes que termina, la nota culminante en la República entera. La cultura legendaria y la esplendidez de los hijos del floreciente Estado, se ha afirmado de una manera deslumbradora. El señor Presidente, sus Secretarios y su comitiva toda, conservarán imperecederos recuerdos del deslumbrante festival, de su alta cultura, de su pompa pintoresca, de la exquisita afabilidad del pueblo yucateco, todo lo cual encontró una expresión refinada en el dignísimo Gobernador del Estado, Don Olegario Molina.

Imposibilitados de hacer una extensa reseña de las memorables fiestas, hablaremos de sus principales actos:

Las inauguraciones:

El Hospital para dementes, que lleva el nombre del filántropo Don Leandro León Ayala, está en una gran plaza y en medio del Hospital O'Horán y la Penitenciaría. El Asilo es para hombres y mujeres, y ha sido construido según el sistema de pabellones aislados.

Tiene capacidad para 650 enfermos, y su costo ha sido de \$ 871,150.

El Hospital O'Horán ocupa una área de

diez hectáreas y está dividido en dos departamentos, para hombres y mujeres.

El Hospital tiene 35 pabellones y costó \$ 1.400,000, lo que da idea de lo que debe ser el edificio.

Cuanto á la Penitenciaría, se inauguraron varios departamentos con que se ha ampliado, construyéndose nuevas celdas, enfermerías, cocinas, etc. Estas mejoras importan ya \$ 350,771.

En Chunchucmil:

Esta excursión campestre fué, á no dudar, uno de los números más gustados y lucidos de los festejos.

Después de visitar la hacienda y de ver los trabajos agrícolas, se sirvió un succulento banquete, y, al concluirse éste, tuvo verificativo un baile de vaqueras.

En número de veinte fueron las muchachas que tomaron parte; hermosas y rozagantes todas. Sus trajes eran verdaderamente lujosos; de finísima tela blanca de lino, orlados, tanto el «hipil» como la enagua, con magníficos bordados y ricos encajes; llevaban al cuello cadena de oro y rosarios de perlas y corales, de cuyos extremos colgaban medallones ó cruces de oro de exquisita labor de filigrana; se cubrían la cabeza con finos sombrerillos.

El Sr. General Díaz obsequió á una de aquellas lindas muchachas una onza de oro de reciente acuñación.

Banquete en Palacio:

En la noche del mismo día, desfiló, ante el señor Presidente, que estaba en el balcón principal de Palacio, la comitiva que formaba el paseo histórico, en el cual tomaron parte varios bonitos carros alegóricos.

A las nueve de la noche se ofreció un banquete; á él concurrieron la digna esposa del General Díaz y las señoras de su comitiva. En la mesa de honor, estaban la señora Jacinta Bolio de Peón, señor Vicepresidente Corral, señora Figueroa de Molina, señor Presidente, señora de Díaz, señor Gobernador Molina, Baronesa Wangenheim, Ministro Sierra, y señora Josefa Arana Peña.

La velada en Sodzil:

El galante Gobernador yucateco, Don Olegario Molina, que entre sus propiedades cuenta la magnífica finca Sodzil, organizó en ésta, bajo programa escogido y selectísimo, una velada artística en honor del señor Presidente y de su digna consorte, Doña Carmen Romero Rubio de Díaz.

A las seis y media de la tarde del jueves 8, salieron de Mérida dos trenes especiales que condujeron á los invitados á Sodzil. Esta se encuentra situada como á nueve kilómetros de Mérida. Frente á la entrada de la hacienda, se levantó una plataforma hasta donde llegaban los trenes; allí, un gran arco profusamente iluminado con focos eléctricos, daba paso al interior. En la parte superior del arco, dos estatuas con potentes uces aumentaban el deslumbrador aspecto de aquella que parecía morada del hada de la luz.

Desde la entrada á la finca, hasta la casa de ésta, se extendía una amplia y hermosa avenida bordeada por mástiles con guirnaldas de flores, y que sostenían una doble lar-

ga cadena de farolillos chinescos con luz incandescente en sus interiores. En cada mástil había, además, un gran foco.

Todo el jardín que se extiende frente á la casa de la hacienda, estaba así iluminado. En el extremo interior de la amplia avenida, veíanse á uno y otro lado dos plataformas donde respectivamente se colocaron las bandas de Policía y Artillería. En otra plataforma circular estaban los lugares destinados al señor Presidente, su señora, Ministros, etc., etc. A la derecha de ésta, y un poco adelantada, se veía una muy bien hecha imitación del ruinoso Partenón ateniense, que sirvió á guisa de foro y tribuna para los artistas que aquella noche inolvidable deleitaron con su arte y concepciones.

Las sillas para los invitados, quienes deben haber sido cerca de dos mil, estaban diseminadas con perfecto orden por las calzadas y plazoletas.

El programa fué superior á lo que se esperaba; el señor don José Patrón Correa, pronunció un breve, hermoso y elocuente discurso, y el laureado poeta yucateco, don José Peón Contreras, una bella composición en verso, alusiva al viaje presidencial. Don José I. Novelo, leyó una poesía histórica, inspirada y bien escrita, y, por último, el Lic. don Justo Sierra, con su grandilocuencia reconocida y arrebatadora, dejó oír su sonora voz, pronunciando un discurso hermosísimo y lleno de originalidad.

Alternados con estos números literarios, hubo otros musicales, que mucho agradaron también. De éstos, mencionaremos las partes de canto que tuvo á su cargo la joven soprano mexicana, Elena Marín, quien regresa de Europa, adonde estuvo pensionada perfeccionando sus estudios.

Las fiestas de Yucatán, únicas en la historia de la República, han enaltecido al primer Magistrado de la Nación, al progresista pueblo yucateco, y á don Olegario Molina, cuya personalidad sintetiza las grandes cualidades del pueblo que gobierna.



REVISTAS

Profundamente conmovido tienen al mundo científico, las apreciaciones personales que el eminente Profesor M. Richet acaba de hacer en *Les Annales de sciences psychiques*, acerca de los fenómenos espiritistas, que asegura haber presenciado últimamente y de cuya autenticidad dice estar convencido.

A este respecto, *Le Matin* publica en uno de sus números del mes pasado, bajo el título de «Una aparición,» un suelto concebido en estos términos:

La ciencia contemporánea está estudiando los fenómenos psíquicos con los procedimientos del método positivo. Como se ha dicho ya, «la experiencia revela todos los días nuevas objetividades.» Estas objetividades tienen á veces un carácter asombroso. Pero es preciso inclinarse ante los hechos, y después vendrán las teorías!

Los movimientos de objetos, sin contacto, las levitaciones, las escrituras del medium, la clarividencia, la *clariaudiencia*, la lectura del pensamiento, la acción á distan-

cia, de un espíritu sobre otro, son ciertamente fenómenos sorprendentes. Han sido asegurados por atrevidos investigadores; pero no admitidos por la ciencia ortodoxa.

¿Qué decir, pues, de la aparición de los fantasmas? Locura ó alucinación, estamos tentados á exclamar. ¡Alto ahí! Todos los descubrimientos han sido negados. Las fuerzas desconocidas se consideran todavía sospechosas. El fenómeno de las materializaciones ha sido escrito y observado por experimentadores eminentes, por profesores del laboratorio, como Williams Crookes y el Doctor Gibier. Mas he aquí que acaban de hacerse nuevas experiencias. En escritos recientes, el Profesor Carlos Richet, de la Sobornna, se ha atrevido á declarar que cree en la posibilidad de la existencia de los fantasmas, y este eminente fisiologista acaba de tener la ocasión de comprobarlo. M. Charles Richet ha asistido á numerosas sesiones de experimentación que se han efectuado durante el mes de Septiembre, en la Villa Carmen, en Argel.

Se tomaron minuciosas precauciones para impedir el fraude. Los asistentes eran: el General Nöel y su esposa, propietarios de la Villa; M. Gabriel Delanne, ingeniero y alumno de la Escuela Central, y las señoritas G. . . ., una joven encantadora, que fué la novia del hijo de M. Nöel, oficial de marina, muerto desde hace algunos años.

Detalle importante: la sala estaba iluminada con luz bastante para que se vieran, permanentemente, las personas presentes, su actitud y sus gestos. Se podía ver la hora del reloj. Todas las puertas y aberturas estaban rigurosamente cerradas. Un rincón de la sala, cerrado con cortinas, servía de gabinete al medium.

En tales circunstancias fué observada una aparición materializada, durante numerosas sesiones. El fantasma tenía en la cabeza una especie de turbante; estaba vestido con un ropaje blanco, y la frente cubierta con una faja metálica brillante, con reflejos de oro. La fotografía que publicamos da una idea del aspecto del personaje.

El fantasma salió del gabinete donde se encontraba el medium. Caminó, se acercó á los asistentes, les dió la mano á las personas presentes, quienes pudieron comprobar á la vez la resistencia y el calor de la mano materializada. Le dió un beso sonoro á la esposa del general, y, en fin, habló.

Este ser de formación misteriosa ha sido, pues, visto, palpado, fotografiado. ¡Habló! Mas, hay algo mejor: respiró como un ser viviente. ¿Queréis la prueba de esto? Cuando se respira en un frasco que contiene una disolución de barita, el ácido carbónico exhalado por la expiración se combina con la barita, formándose entonces carbonato de barita, que se hace visible bajo la forma de una nube blanquecina que se precipita en seguida al fondo del frasco.

Pues bien; á un momento dado, M. Richet excitó al fantasma á respirar en un frasco que contenía una disolución de barita. La nube blanca apareció. El fantasma, con su respiración, había hecho carbonato de barita.

Un hecho más, que no es, por cierto, el

menos extraño de estos asombrosos experimentos: un día, la aparición materializada se desvaneció sobre el pavimento, disolviéndose progresivamente de la cabeza á los pies, y unos segundos después, con gran asombro de los asistentes, el fantasma surgió de nuevo en la sala, á algunos pasos del punto por donde había desaparecido.

El desvanecimiento y la reaparición del fantasma constituyen de hecho una prueba; pues un simulador (si esta hipótesis pudiera suponerse un instante) no habría podido desaparecer y reaparecer así sucesivamente.

El fantasma declaró que se llamaba Bien-Boâ, y dijo que había sido sacerdote de la India.

*
* *

El abate Faria, conocido por todo el mundo como personaje de la novela «El Conde de Montecristo,» de Alejandro Dumas, fué, según lo expuesto por Georges Claretie en *El Figaro*, de París, una personalidad real y efectiva.

Faria era un hombre que llegó á tener bastante habilidad para atraerse, por medio de sus experimentos hipnóticos, la atención del público que, en época ya remota, comenzó á interesarse por la cuestión del magnetismo iniciada por Mesmer.

El abate Faria nació en Goa (India portuguesa) y, antes de aparecer en Europa, aprendió, no sólo la teología católica, sino todo lo que entonces se podía aprender de los sabios brahmanes. Utilizó, antes que nadie, el secreto para producir el sueño nervioso, é hipnotizó á más de cinco mil personas, teniendo muchas veces sus sesiones un tinte industrial, indigno de los buenos discípulos de los maestros de Oriente. Faria tuvo un gran conocimiento de la educación de la voluntad, y eso le sirvió para derrotar al Padre Hewier, su predecesor eclesiástico en Europa, y á los primeros discípulos de Mesmer.

*
* *

Espiritu, es otra revista de ciencias y letras que ha empezado á publicarse en Tegucigalpa, Honduras, y cuyo primer número acaba de llegar á nuestras manos. Contiene material selectísimo, todo inédito, y su formato es sobrio y bien cuidado.

Trae la referida primera entrega un Proemio, que es un acabado credo artístico, y un llamamiento de confraternización á todos los escritores de la América Latina.

*
* *

A raíz del nombramiento de Embajador de México en los Estados Unidos, hecho en la persona del notable político y literato, Lic. D. Joaquín D. Casasús, el periodista yucateco, Fernando Solís Cámara, tuvo la idea de escribir y publicar, en lengua inglesa, un bosquejo biográfico de aquella alta personalidad, que hoy da honra á nuestro país, representándolo en la patria de Washington.

Álvaro Gamboa Ricalde, acaba de ofrecernos ahora una traducción castellana de esa biografía, bastante apegada al original inglés, revelando en ella no escasos conocimientos de los dos idiomas.

Nos la ofrece en una edición que, como todo cuanto sale de los talleres de Escalante, no puede ser más artística. La exornan, además, los retratos del Sr. Lic. Casasús y de la señora su esposa, la distinguida dama doña Catalina Altamirano de Casasús.

De más está decir que el trabajo de Solís Cámara, traducido por Gamboa Ricalde, da una idea perfecta de ese hombre de facultades múltiples, que bien puede considerarse como uno de los más notables del Continente americano.

*
* *

En una correspondencia que P. L. Osorio dirige de Berlín á la revista de ciencias

y de artes, *La Lectura*, encontramos esta nota asaz interesante, por el juicio que encierra acerca de uno de los dramaturgos contemporáneos más aplaudido en México:

«Hasta ahora, la temporada teatral no nos ha revelado ninguna obra de mérito extraordinario. No parece que ha de tenerlo tampoco la nueva obra de Sudermann. La crítica se muestra dura con este autor, que de un modo tan feliz y brillante comenzó su carrera. Tal vez las grandes esperanzas que entonces despertó se vuelven ahora en contra suya, y se aumenta la hostilidad creciente. Léo Berg dice, hablando de este dramaturgo: «¿Es posible que sostengamos nuestras ilusiones sobre Sudermann? Cuando después de diez y seis años de tarea no se han aprendido las reglas más elementales de la técnica dramática, no hay esperanzas de que se aprendan jamás. Por el contrario, Sudermann parece haber olvidado totalmente lo que sabía en otros tiempos.»

«Si se recuerdan los tiempos en que el nombre de Sudermann se igualaba con el de Hauptmann, y en que ambos por igual gozaban el favor del público alemán, se ve claramente á qué extrema decadencia ha llegado hoy el primero. Y no es que Hauptmann haya dejado de tener serios fracasos en su carrera artística; están recientes y fueron muy ruidosos; pero aun en ellos mismos no dejaron de reconocer los espíritus serenos la condición de una dramaturgia sincera; tan sincera á veces, que por su misma sinceridad iba derecha al fracaso, mientras que Sudermann se alejó cada vez más de la pureza literaria, para buscar el aplauso con lo artificioso. De ahí provienen juicios tan duros como el expresado por Léo Berg. En sus comienzos, Sudermann fué considerado como el Dumas alemán; eran los tiempos de *Magda* y de *El Honor*. Hoy se le considera por la crítica como el Sardou alemán.»

Aunque Osorio no cita el título del drama acabado de estrenar por Sudermann, sin duda se refiere á *Piedra entre piedras*, de que hablan algunas otras revistas de arte europeas.

*
* **
* *

«La fealdad en la vida contemporánea,» es el título de un curioso artículo que el Sr. Peladán publica en *Revue Bleue*. No hay nada en la vida actual —dice— que merezca el calificativo de bello. Los artistas en vano se esfuerzan en hacer algo nuevo y hermoso. La vida contemporánea es fea, pero de una fealdad sin igual, tanto que el arte no puede transformar algunas de sus formas que hasta se resisten al genio. El hombre de nuestros días tiene gusto en llevar corto el cabello, como los esclavos de otras épocas, y renuncia al más ligero adorno del rostro y de la cabeza. Los sacerdotes, los magistrados, los militares y hasta los obreros pierden cada día más sus rasgos característicos y, por consiguiente, todo sello de belleza. El hombre no ha cambiado de sentimientos ni de pasiones, cambiando de traje; hoy día se muere de amor y se mata por celos lo mismo que en otros tiempos. Lo que pasa es que al arte le faltan los medios de reproducir las pasiones y los sentimientos. La escena del balcón entre Julieta y Romeo, no podría pintarse ni esculpirse, vistiendo ambos amantes el traje contemporáneo, sin caer en el ridículo. La literatura también, como las artes plásticas, lucha con el mismo obstáculo, porque el lirismo de las frases y los gestos solemnes ó trágicos, resultan cómicos en un hombre vestido de etiqueta. ¿Quién no sonríe ante un Hamlet con abrigo y sombrero de copa? ¿Es quizá porque no haya hoy almas atormentadas por la duda?

El artista debe, pues, convencerse de que esta época no es fuente de inspiración. Lo feo no es la insuficiencia de una cualidad, ó el desacuerdo entre las cualidades; lo feo es lo informe, la ausencia de una característica externa. No hay ya ambiente moral ni ambiente espiritual, y el artista no puede reproducir lo que no existe. Por eso los que aspiran á la belleza no tienen más remedio que buscar en sí mismos los elementos artísticos que no aparecen ni en las gentes ni en las modas contemporáneas.

Piensa el escritor caraquense Antonio S. Griseño, que el especialismo en literatura tiene que ser dentro de poco un hecho, y sobre ese tema inserta un bien pensado artículo en *El Cojo Ilustrado*.

Entre otras buenas argumentaciones, tiene éstas que casi vienen á ser una síntesis de su estudio:

Epoca esta de una inaudita movilización en cultura —dice— nótase una propensión irresistible á la singularidad, en el arte más que en todo.

Ha de llegar un día en que la estadística de la literatura dé á conocer datos por este estilo.

«Tal ciudad... 100 escritores:

50, *desechables*, por anodinos ó exentos de originalidad.

25, *acceptables*, por buenos asimiladores ó comentadores.

22, *especialistas*, y

3, *sobresalientes*, por dominadores de varios ramos literarios.»

Habrá prosadores para editoriales políticos, para revistas de salón, para cuentos exóticos, para novelas psicológicas, para filosofar sobre costumbres sociales, etc., etc., cada uno en su especialidad.

De modo análogo habrá poetas que escriban serventerios pasionales, epigramas políticos, seguidillas eclógicas, silbas á entes altos (hombres ó astros), poemistas á lo Campoamor, etc., etc., respectivamente.

Para entonces el arte literario, con el poder de reconcentración mental á que llegarán los cerebrales, será un certamen perenne de obras y de obrillas maestras. Las células del cerebro, aptas para una labor dada, al vibrar incesantemente por un incentivo fuerte por único, llegarán á producir dechados.

Esta orientación de lo selecto en literatura, señalará la vía cierta á tantos viajeros que van en pos de la gloria por riscos ó por veredas. No habrá confusión lamentable en las caravanas. Los pseudo-artistas no fastidiarán á nadie, porque á poco andar que-

darán maltrechos á la vera del sendero. No habrá entremetidos; y cada quien, de fijo, sabrá hacia cuál punto han de converger las energías de su razón ó de su numen, si para la verdad, si para la belleza.

Y no se dará el caso doloroso de que al-

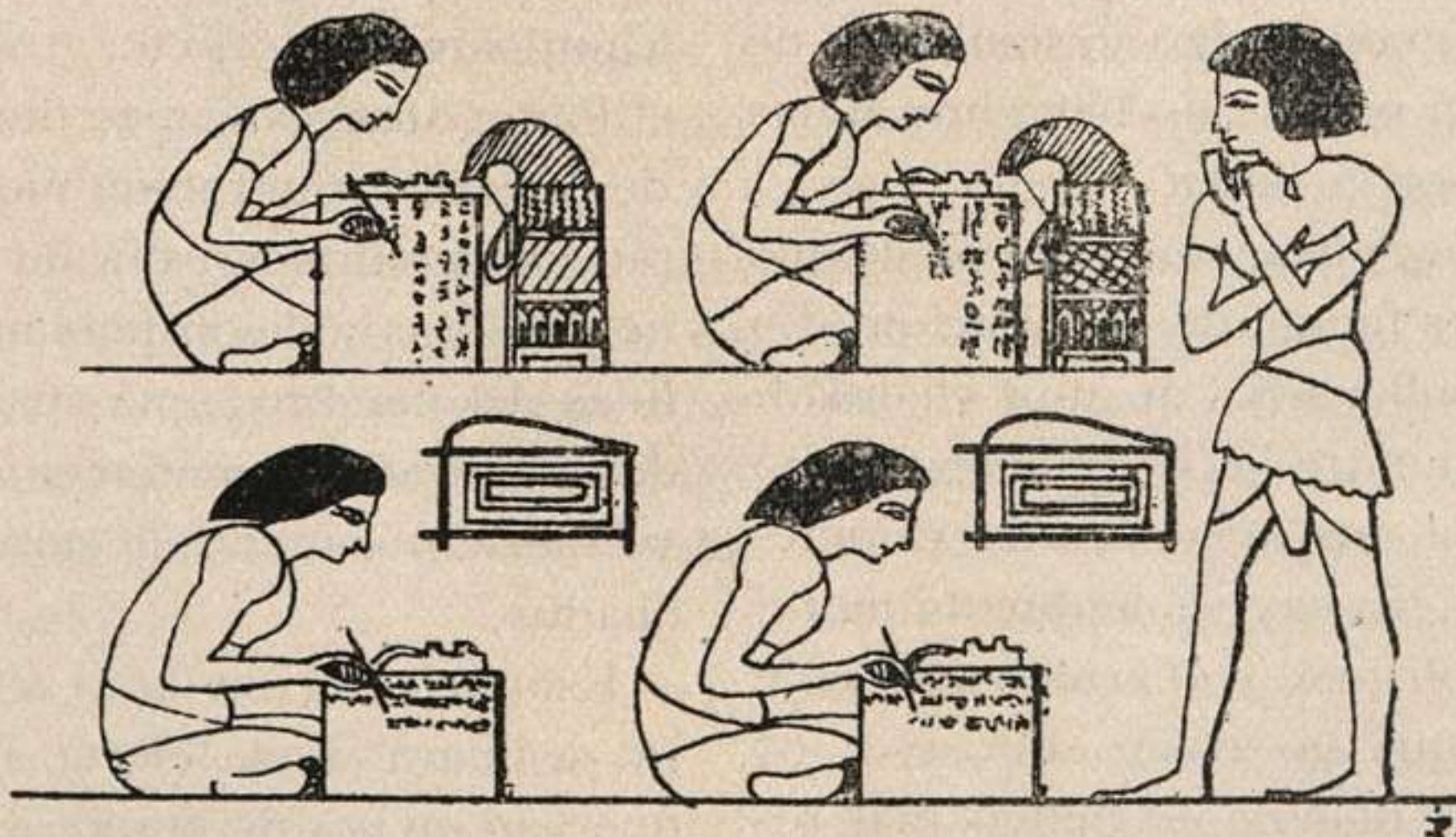
guien (que pudo haber *llegado*) quede eliminado por las audacias de los de la turba, porque sus riquezas de cosas de alma se perdieron por la no aplicación juiciosa de la famosa ley de Adam Smith.

L. C.



LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN MERIDA

En nuestro próximo número publicaremos varias hermosas fotografías de Yucatán, enviadas por nuestro corresponsal con alguna demora, motivo que nos impidió publicarlas en el presente número.



Los dioses, en efecto, dijo, no visitan para nada á esos Sirios que viven en los puertos entre los mercaderes de frutas y las prostitutas.

Los mismos bárbaros, prosiguió el próconsul, tienen algún conocimiento de los dioses. Sin hablar de los Egipcios, que en los tiempos antiguos fueron hombres llenos de piedad, no hay pueblo en la rica Asia, que no haya sabido tributar un culto, ya sea á Júpiter, á Diana, á Vulcano, á Juno ó á la madre de los Aeneadas. Dan á esas divinidades extraños nombres, formas confusas y les ofrecen á veces, víctimas humanas; pero reconocen su poder. Sólo los Judíos ignoran la providencia de los dioses. Yo no sé si ese Pablo que los Sirios llaman igualmente Saúl, es tan supersticioso como los demás y tan obstinado en sus errores; no sé qué obscura idea se forma de los dioses inmortales, y á decir verdad no siento curiosidad por saberlo. Qué puede aprenderse de los que no saben nada? Propiamente hablando, es instruirse en la ignorancia. Según algunos confusos conceptos que ha vertido ante mí, respondiendo á su acusador, he creído comprender que se separa de los padres de su nación, que repudia la religión de los Judíos y que adora á Orfeo, bajo un nombre extraño que no he podido retener. Lo que me hace suponerlo es que habla con respeto de un dios, ó mejor dicho de un héroe que habría bajado á los infiernos y vuelto á surgir al día después de haber errado entre las pálidas sombras de los muertos. Quizás ha consagrado un culto á Mercurio subterráneo. Pero yo creería mejor que adora á Adonio, pues me ha parecido oír que, á ejemplo de las mujeres de Biblos, lloraba los sufrimientos y la muerte de un dios.

Esos dioses adolescentes, que mueren y resucitan, abundan sobre la tierra de Asia. Las cortesanas sirias han traído muchos á Roma, y esos celestes adolescentes gustan más de lo que convendría á las mujeres honradas. Nuestras matronas no se sonrojan de celebrar en secreto sus misterios. Mi Tulia, tan prudente y tan reservada, me ha preguntado muchas veces qué era lo que ha-

bía qué creer. «Qué Dios, le respondí con indignación, qué dios es ese que se complace en los homenajes furtivos de una mujer casada? Una mujer no debe tener otros amigos que aquellos de su marido. Y los dioses no son acaso nuestros primeros amigos?

—Ese hombre de Tarsia, preguntó el filósofo Apolodoro, no venera más bien á Tifón, á quien los Egipcios llaman Séthen? Dicese que un dios de cabeza de asno, está en honor entre cierta secta judía. Ese dios no puede ser sino Tifón, y no me sorprendería que los tejedores de Kenkrés mantuvieran un comercio secreto con el Inmortal, que, según nuestro caro Marcus, inundó de celeste orina á la vendedora de bollos.

—Yo no sé—prosiguió Galión,— se dice, en verdad, que muchos Sirios se reúnen para celebrar en secreto el culto de un dios de cabeza de asno. Y puede suceder que Paul sea de ellos. Pero, qué importan el Adonis, el Mercurio, el Orfeo ó el Tifón de ese Judío! No reinará nunca sino sobre decididas de buena ventura, ó sobre esos usureros y sórdidos mercaderes que en los puertos de mar despojan á los marinos. Cuando más podrá conquistar en los arrabales de las grandes ciudades algunos puñados de esclavos.

—Eh! eh! exclamó Marcus Lolius, echándose á reír; veis al asqueroso Pane fundando una religión de esclavos? Por Castor! que sería una maravillosa novedad. Si por ventura el Dios de los esclavos (Júpiter desví ese presagio!) escalara el Olimpo y arrojara á los dioses del Empíreo, qué haría á su vez? Cómo ejercería su poder sobre el mundo asombrado? quisiera verlo á la obra. Sin duda prolongaría las Saturnales durante todo el año. Abriría á los gladiadores la carrera de los honores, establecería á las prostitutas de Subura en el templo de Vesta y haría quizá de alguna miserable aldea de Siria la capital del mundo.

Lolius habría proseguido largo tiempo aún esa charla, si Galión no lo hubiera detenido.

—Marcus, no esperes ver esas maravillosas novedades, dijo. Aunque los hombres

sean capaces de grandes locuras, no ha de ser un pobre tapicero judío quien pudiera seducirlos con su mal griego y sus cuentos de un Orfeo sirio. El dios de los esclavos no podría más que fomentar revueltas y guerras serviles, que pronto serían sofocadas en sangre, y él mismo perecería pronto con sus adoradores en un anfiteatro, bajo los colmillos de las bestias feroces, en medio de los aplausos del pueblo romano.

Dejemos á Paul y á Sóstenes. Su pensamiento de nada nos serviría en las investigaciones que perseguíamos antes de ser interrumpidos tan deplorablemente. Nos esforzábamos en conocer el porvenir que los dioses nos reservan, no á nosotros, mis queridos amigos y á mí, en particular (pues nosotros estamos dispuestos á aquello que sea), sino á la patria y al género humano, de quien tenemos el amor y la caridad. No es ese tapicero judío de irritados párpados quien podría decirnos, á pesar de lo que piense Marcus, el nombre del dios que destronará á Júpiter.

Galión interrumpió su discurso para despedir á los lictores que se mantenían inmóviles, alineados ante él con los haces al hombro.

—No tenemos necesidad de esas varas y de esas hachas, dijo sonriendo. La palabra es nuestra arma única. Pueda un día el universo no conocer otra! Si no estáis fatigados, vamos, mis amigos, hacia la fuente Pirena. Encontraremos á medio camino una higuera bajo la cual Medea, traicionada, meditó, se dice, su cruel venganza. Los Corintios veneran ese árbol en memoria de esa celosa reina y suspenden tabletas votivas, pues Medea no les ha hecho más que bien. Ha hundido en la tierra ramas que han echado raíces y aún se corona de un tupido follaje. Sentados á su sombra y conversando, esperraremos la hora del baño.

Los chicuelos, cansados de perseguir á Stefanás, jugaban á la taba, al borde del camino. El apóstol marchaba á grandes pasos, cuando encontró cerca del lugar de los suplicios á una banda de Judíos que venían de Kenkrés para saber el juicio del procón-

sul respecto á la Sinagoga. Eran amigos de Sóstenes. Estaban muy irritados contra el Judío de Tarsia y sus compañeros, que querían cambiar la ley. Observando á ese hombre, que se limpiaba con la manga los ojos cegados por la sangre, creyeron reconocerlo, y uno de ellos le preguntó, jalándole la barba, si no era Stefanás, compañero de Paul.

Respondió con orgullo:

—¡Con él mismo habláis!

Pero al punto caía en tierra, golpeado bajo los pies de ellos. Los Judíos recogían piedras, gritando:

—¡Es un blasfemador! ¡Lapidémoslo!

Dos de los más ardientes arrancaban la piedra midiar, plantada por los Romanos, y se esforzaban en lanzarla. Las piedras caían con sordo ruido sobre los huesos descarnados del apóstol, que clamaba:

—Oh delicia de las llagas! ¡oh consuelo de las torturas! Veo á Jesús. A algunos pasos de allí, el viejo Posokarés, bajo un matorral de madroños, al murmullo de una fuente, estrechaba entre sus brazos los tersos flancos de Yoesá. Importunado por el ruido, gruñó, con voz ahogada, entre la cabellera de la muchacha:

—Largaos, brutos viles, y no turbéis los juegos de un filósofo.

Entretanto, Galión, sentado con sus amigos, bajo el árbol de Medea, decía:

—Si queréis conocer al sucesor del amo de los hombres y de los dioses, medita las palabras del poeta:

«La esposa de Júpiter dará á luz un hijo más poderoso que su padre.»

Ese verso designa, no á la augusta Juno, sino á la más ilustre de las mortales con quienes se unió el Olímpico, que cambió tantas veces de formas y de amores. Me parece cierto que el gobierno del Universo debe pasar á Hércules. Esta opinión está, hace largo tiempo, establecida en mi espíritu sobre razones sacadas, no solamente de los poetas, sino también de los filósofos y de los sabios. Por decirlo así, he saludado el advenimiento del hijo de Alemene, en el desenlace de mi tragedia de «Hércules so-

bre el Ceta,» que termina con estos versos:

«Oh, tú, gran vencedor de monstruos y pacificador del mundo, sénos propicio. Contempla la tierra, y si algún monstruo de una forma nueva espanta á los hombres, destrúyelo con un rayo. Tú, mejor que tu padre, sabrás lanzar el fuego celeste.

Auguro favorablemente del próximo reino de Hércules, que, en su vida terrestre, mostró una alma paciente y dirigida hacia los altos pensamientos. Abatió á los monstruos, y cuando el rayo arme su brazo, no dejará á un nuevo Caius gobernar impunemente al Imperio. La virtud, la simplicidad antigua, el valor, la inocencia y la paz reinarán con él. Ese es mi oráculo.

Y Galión, habiéndose levantado, despidió á sus amigos con estas palabras:

—Conservad la salud y amadme.

III

Cuando Nicolás Langelier hubo finalizado su lectura, los pájaros anunciados por Giacomo Boni, cubrieron con sus gritos familiares el Forum desierto.

El cielo tendía sobre las ruinas romanas el velo cinerario de la tarde; los tiernos laureles plantados sobre la vía Sagrada, elevaban en el aire ligero sus ramos negros como bronce antiguos, y los flancos del Palatino se revestían de azur.

—Langelier, usted no ha imaginado esta historia, dijo Mr. Goubin, á quien no se engañaba fácilmente. El proceso intentado por Sóstenes á San Pablo, ante el tribunal de Galión, procónsul de Acaña, está en las *Actas de los Apóstoles*.

Nicolás Langelier convino sin dificultad.

—Está, dijo, en el capítulo XVIII, y llena los versículos 12 á 17, que puedo leer á ustedes, pues los copié sobre una hoja de mi manuscrito.

Y leyó:

12. *Siendo Galión procónsul de Acaña, los Judíos, de común acuerdo, se levantaron contra Pablo, y lo llevaron al tribunal.*

13. *Diciendo: "Este quiere persuadir á los hombres de que adoren á Dios de una manera contraria á la ley."*

14. *Y estando Pablo á punto de hablar para defenderse, Galión dijo á los Judíos: "oh Judíos, si se tratara de alguna injusticia, ó de alguna mala acción, me creería obligado á otros con paciencia."*

15. *Pero no se trata más que de discusiones de doctrina, de palabras y de vuestra ley: zanjad vuestras diferencias como os parezca, pues yo no puedo hacerme vuestro juez.*

16. *Y así los hizo retirar de su tribunal.*

17. *Y todos, habiendo agarrado á Sóstenes, jefe de una sinagoga, le pegaron delante del tribunal sin que Galión lo impidiera.*

Nada he inventado, agregó Langelier. De Anaeus Mela y de Galión su hermano poco es lo que se sabe. Pero es cierto que figuraban entre los hombres más inteligentes de su tiempo. Cuando la Acaña, provincia senatovial, bajo Augusto, provincia imperial bajo Tiberio, fué devuelta al Senado por Claudio, Galión fué enviado como procónsul. Debía, sin duda, este empleo al crédito de su hermano Séneca; pero tal vez fué escogido por su conocimiento de la literatura griega y como un hombre grato á esos profesores atenienses cuyo espíritu admiraban los Romanos. Era muy instruido. Había escrito un libro de cuestiones naturales y tragedias, se cree también. Todas esas obras se han perdido, á menos que no se encuentre algo de él en esa Colección de declamaciones trágicas atribuido sin razones suficientes á su hermano el filósofo. He supuesto que era estoico y pensaba, sobre muchos puntos, como su ilustre hermano. Es extremadamente probable. Pero aunque atribuyéndole propósitos virtuosos y orientados, me he guardado bien de atribuirle una doctrina definida.

Los Romanos de entonces mezclaban las ideas de Epicuro á las de Zenón. Prestando ese eclecticismo á Galión, no corría gran riesgo de equivocarme. Lo he representado como un hombre amable, y cierto es que lo era. Séneca ha dicho de él que nadie lo

amaba mediocrementé. Su dulzura era universal. Buscaba los honores.

Su hermano Anaeus Mela, los huía al contrario. Tenemos á ese respecto el testimonio de Séneca el filósofo y el de Tácito. Cuando la madre de los tres Sénecas, Nelvia, perdió á su marido, el más célebre de sus hijos compuso para ella un pequeño tratado filosófico. En un lugar de esa obra, la exhorta á pensar que le quedan para encariñarla con la vida, hijos como Galión y Mela, diferentes de carácter pero igualmente dignos de su afecto.

—“Dirige la vista hacia mis hermanos, le dice poco más ó menos. Podrás, mientras vivan, acusar á la fortuna? Los dos, por la diversidad de sus virtudes, encantarán tus penas. Galión ha llegado á los honores por sus talentos. Mela los ha desdeñado por su sabiduría. Goza de la consideración de uno, de la tranquilidad del otro, del amor de ambos. Conozco los íntimos sentimientos de mis hermanos. Galión busca las dignidades para ornarte. Mela abraza una vida dulce y pacífica para consagrarse á ti.

Niño bajo el principado de Nerón, Tácito no había conocido á los Sénecas. No ha hecho más que recoger los rumores que en su tiempo corrían sobre ellos. Dice que si Mela se alejaba de los honores, era por refinamiento de ambición y para igualar, simple caballero romano, el crédito de los consulares. Después de haber administrado él mismo los grandes dominios que poseía en Bética, Mela vino á Roma y se hizo nombrar administrador de los bienes de Nerón. Se concluyó que era hábil en los negocios y aun se supuso que no era tan desinteresado como quería parecerlo. Es posible. Los Sénecas, que alardeaban de desprecio por las riquezas, las poseían inmensas y cuesta trabajo creer al preceptor de Nerón cuando se representa fiel, en medio de un lujo de muebles y jardines, á su pobreza amada. Sin embargo, los tres hijos de Nelvia no eran almas comunes. Mela tuvo de Atila, su mujer, un hijo, Lucano el poeta. Parece que el talento de Lucano arrojó un gran brillo sobre el nombre de su

padre. Las letras estaban entonces en honor, y se colocaba encima de todo la elocuencia y la poesía.

Séneca, Mela, Lucano, Galión, perecieron con los cómplices de Pisón. Séneca el filósofo era ya viejo. Tácito, que no había sido testigo de su muerte, nos da el espectáculo. Por él se sabe cómo el preceptor de Nerón se abrió las venas en su baño, y cómo su joven esposa Paulina quiso morir con él, con muerte semejante. Por orden de Nerón se le vendaron los puños á Paulina, que se los había cortado y que así vivió pero conservando una mortal palidez.

Tácito consigna que el joven Lucano, sometido al tormento, denunció á su madre. Aun siendo cierta ésta infamia, habría que culpar á la atrocidad de los suplicios. Pero hay una razón para no creerla. Si el sufrimiento arrancó á Lucano el nombre de varios de los conjurados, no pronunció el de Atila, puesto que Atila no fué incomodada, entonces, cuando toda delación era ciegamente creída.

Después de la muerte de Lucano, Mela recogió con toda prisa y atención la herencia de su hijo. Un amigo del joven poeta, que sin duda ambicionaba esa herencia, se hizo el acusador de Mela. Se supuso al padre iniciado en el secreto de la conjuración, y se produjo una falsa carta de Lucano. Nerón, después de haberla leído, ordenó que fuera llevada á Mela. A ejemplo de su hermano y de otras tantas víctimas de Nerón, Mela se hizo abrir las venas después de haber legado á los libertos de César, una gran suma de dinero, para conservar el resto á la desgraciada Atila. Galión no sobrevivió á sus dos hermanos, pues se dió la muerte.

Así perecieron trágicamente esos hombres agradables y cultivados. He hecho hablar á dos de ellos en Corinto, á Galión y Mela. Mela viajaba mucho. Su hijo Lucano, niño aún, visitaba á Athenas en el momento en que Galión era procónsul de Acaña. He podido, pues, suponer con verosimilitud que Mela se encontraba entonces en Corinto con su hermano. He imaginado que dos jóvenes Romanos de ilustre cuna y un filó-

sofo del Areópago acompañaban al procónsul. En ello no he tomado una excesiva libertad, puesto que los intendentes, los procuradores, los propretos tenían siempre consigo á hijos de grandes familias que iban á instruirse en los negocios por su ejemplo, y hombres de un espíritu sutil como mi Apolodoro, libertos muy á menudo que les servían de secretarios. En fin, me he persuadido de que en el momento en que San Pablo fué llevado ante la justicia romana, el procónsul y sus amigos se ocupaban libremente de los más diversos asuntos: arte, filosofía, religión, política, y que dejaban vislumbrar, á través de variadas curiosidades, una preocupación constante del porvenir. Hay muchas probabilidades, en efecto, para que ese día, como cualquiera otro, se hayan esforzado en descubrir el futuro destino de Roma y del mundo.

Galión y Mela figuraban entre las más altas y más libres inteligencias de la época. Es una disposición ordinaria en los espíritus de ese valer, investigar en el presente y en el pasado las condiciones del porvenir. He notado entre los hombres más sabios y más advertidos que he conocido, Renán, Berthelot, una tendencia marcada á arrojar al azar de la conversación, utopías racionales y profecías científicas.

—Así, dijo José Leclerc, ved á uno de los hombres más instruidos de su tiempo, un hombre versado en las especulaciones filosóficas, diestro en la práctica de los negocios, y cuyo espíritu era tan libre, tan vasto como podía ser el espíritu de un Romano; Galión, hermano de Séneca, ornato y luz de su siglo. Inquiétase del porvenir, esfuerzase en reconocer el movimiento que arrebató al mundo y busca los destinos del Imperio y de los dioses. A ese instante, por una fortuna única, encuentra á San Pablo; el porvenir que busca pasa delante de él y él no lo reconoce. Qué ejemplo de la ceguera que hiere ante una revelación inesperada, á los espíritus más luminosos y á las inteligencias más penetrantes!

—Le suplico á Ud. que observe, querido amigo, respondió Nicolás Langelier, que

no era muy fácil para Galión el conversar con San Pablo. No se ve cómo hubieran podido cambiar sus ideas. San Pablo tenía dificultad en expresarse y con gran trabajo se hacía oír de las gentes que vivían y pensaban hasta cierto punto como él. Jamás había dirigido la palabra á un hombre culto. No estaba preparado en manera alguna para conducir su pensamiento y á seguir el de un interlocutor. Ignoraba la ciencia griega. Galión, acostumbrado á la conversación de las gentes instruidas, había hecho largo uso de su razón. No conocía las sentencias de los Rabíes. Qué era lo que aquellos dos hombres hubieran podido decirse?

No es que fuera imposible á un Judío platicar con un Romano. Los Herodes tenían un estilo de conversación que agradaba á Tiberio y á Calígula. Flavius José y la reina Berenice sostenían conversaciones agradables con Titus, destructor de Jerusalém. Sabemos bien que siempre hubo Judíos ornamentales en casa de los antisemitas. Eran "meschoumets." Pablo era un rabi. Ese Sirio ardiente y fiero, desdeñoso de los bienes que buscan todos los hombres, ávido de pobreza, ambicioso de ultrajes y de humillaciones, poniendo todo su júbilo en sufrir, no sabía más que anunciar sus visiones inflamadas y sombrías, su odio de la vida y de la belleza, sus absurdas cóleras, su caridad furiosa. Además de aquello, no tenía nada qué decir. En verdad, no descubro más que un asunto sobre el cual hubiera podido entenderse con el procónsul de Acaia: sobre Nerón.

San Pablo, en aquella época, no había oído hablar, sin duda, del joven hijo de Agripina; pero sabiendo que Nerón estaba destinado al Imperio, hubiera sido al punto neroniano. Lo fué más tarde. Lo era aún después que Nerón hubo envenenado á Británico. No porque fuese capaz de aprobar un fratricidio, sino porque tenía un respeto infinito hacia el gobierno. «Que cada quien esté sometido á las potencias reinantes, escribía á sus iglesias. Los gobernantes amedrentan al mal. No le dan miedo al bien. Quieres no temer á la autoridad? Haz

el bien y obtendrás elogios de ella.» Galión hubiera podido encontrar estas máximas un poco simples, un poco llanas; pero no habría podido desaprobarlas enteramente. Pero si existía un asunto que no hubiera tenido intención de abordar con un tapicero judío, ese era el gobierno de los pueblos y la autoridad del emperador. Una vez más, qué era lo que aquellos dos hombres hubieran podido decirse?

En nuestros tiempos, cuando un funcionario europeo en Africa, si lo queréis, el gobernador general del Sudán por su Majestad Británica, ó nuestro gobernador de Argel, encuentra á un fakir ó á un marabú, su conversación por fuerza se reduce á poca cosa. San Pablo era para un procónsul, lo que un santón para nuestro gobernador civil en Argel. Una conversación de Galión y de San Pablo hubiera sido en todo semejante á la plática del General Desaix y de su dervís. Después de la batalla de las Pirámides, el general Desaix, á la cabeza de mil doscientos ginetes, persiguió en el alto Egipto, á los Mamelukos de Murad-bey.

Encontrándose en Gingeheh, supo que un viejo dervís, que había adquirido entre los Arabes una gran reputación de ciencia y de santidad, habitaba cerca de esa ciudad. Desaix tenía humanidad y filosofía. Curioso por conocer á un hombre estimado entre sus semejantes, hizo llamar al dervís al cuartel general, lo recibió honorablemente y entró en conversación con él, por medio de un intérprete.

—Venerable anciano, los Franceses han venido á traer á Egipto la justicia y la libertad.

—Sabía que habrían de venir, respondió el dervís.

—¿Cómo lo sabíais?

—Por un eclipse de sol.

—¿Cómo pudo un eclipse de sol, instruirte del movimiento de nuestros ejércitos?

—Los eclipses son causados por el ángel Gabriel, que se coloca ante el sol, para anunciar á los creyentes las desgracias de que están amenazados.

—Venerable anciano, tú ignoras la verdadera causa de los eclipses, y yo voy á hacértela conocer.

Al punto, cogiendo un cabo de lápiz y un pedazo de papel, trazó unas figuras.

—Sea A, el sol; B, la luna; C, la tierra, etc.....

Y cuando hubo terminado su demostración:

—He aquí, dijo, la teoría de los eclipses de Sol.

Y como el dervís murmuraba algunas palabras.

—¿Qué dice? preguntó el General al intérprete.

—Mi general, dice que es el ángel Gabriel el que causa los eclipses poniéndose delante del sol.

—¡Entonces es un fanático! exclamó Desaix. Y arrojó al dervís á patadas en el trasero.

Imagino que si alguna conversación se hubiera establecido entre San Pablo y Galión, habria terminado, más ó menos como el diálogo del dervís y del General Desaix.

—Pero también es cierto, repuso José Leclerc, que entre el apóstol San Pablo y el dervís del General Desaix, existe al menos la diferencia de que el dervís no ha impuesto su fe á Europa. Y convendréis en que el honorable gobernador del Sudán, por Su Majestad Británica, no ha encontrado, sin duda, al santón que dará su nombre á la más grande iglesia de Londres; convendréis en que nuestro Gobernador civil de Argelia no se ha encontrado en presencia del fundador de una religión que creará y profesará un día la mayoría de los Franceses. Esos funcionarios no han visto al porvenir erguirse ante ellos en una forma humana. El procónsul de Acaña lo ha visto.

—No era menos imposible á Galión, replicó Langelier, sostener con San Pablo una conversación seguida sobre algún gran asunto de moral ó de filosofía. Si bien, y vos no lo ignoráis sin duda, que hacia el Siglo V de la era cristiana, se creía que Séneca había conocido á San Pablo en Roma, y admirado la doctrina del apóstol. Esta

fábula pudo ser viable en medio del triste oscurecimiento del espíritu humano que siguió tan de cerca al tiempo de Tácito y de Trajano. Para acreditarlo, los falsarios que pululaban entre los cristianos, fabricaron una correspondencia, de la que San Jerónimo y San Agustín hablan con consideración. Si esas cartas son las que han llegado hasta nosotros, bajo los nombres de Pablo y de Séneca, es necesario que esos Padres no las hayan leído ó que hayan tenido poco discernimiento. Es la obra inepta de un cristiano que ignoraba todo en la época de Nerón, y era bien incapaz de imitar el estilo de Séneca. Es necesario decir, que los grandes doctores de la edad media creyeron absolutamente en la verdad de las relaciones y en la autenticidad de las cartas? Pero los humanistas del Renacimiento no tuvieron el menor trabajo en demostrar la inverosimilitud y la falsedad de esas invenciones. Poco importa que José de Maistre haya recogido de paso esa patraña con muchas otras. Nadie ha hecho caso, y en lo futuro sólo en las bonitas novelas destinadas á los mundanos por autores llenos de espiritualismo y de habilidad, será donde los apóstoles de la primitiva Iglesia charlen abundantemente con los filósofos y los elegantes de la Roma imperial y expongan á Petronio extasiado, las más fragantes bellezas del cristianismo. El diálogo de Galión, que acabáis de oír, tiene menos amenidad, pero mayor verdad.

—No lo niego, replicó José Leclerc, y creo que los personajes de ese diálogo piensan y hablan como realmente debían pensar y hablar, y que no tienen ideas sino de su tiempo. Allí está, según creo, el mérito de esa obra, y por eso razono como si se tratara de un texto histórico.

—Podéis hacerlo, dijo Langelier. No he puesto nada que no pueda autorizarse con una referencia.

—Muy bien, prosiguió José Leclerc; acabamos, pues, de escuchar á un filósofo griego y á varios Romanos letrados, buscando juntos los destinos de su patria, de la humanidad, de la tierra, y esforzándose en

descubrir el nombre del sucesor de Júpiter. Mientras que se entregaban á esa ansiosa investigación, el apóstol del dios nuevo aparece ante ellos y ellos lo desprecian. Digo que en eso carecen singularmente de clarividencia y pierden por su falta una ocasión única de instruirse sobre aquello que tan grandemente deseaban conocer.

—Parece á Ud. evidente, querido amigo, respondió Nicolás Langelier, que Galión, si hubiera sabido darse mañas, habría obtenido de San Pablo el secreto del porvenir. Es, en efecto, tal vez la primera opinión que viene á la mente y también la que muchos han conservado. Renán, después de consignar en las *Actas* esa singular entrevista de Galión y de San Pablo, no está lejos de ver la marca de un espíritu estrecho y ligero en ese desdén que el procónsul experimentó por el Judío de Tarsa que comparecía ante su tribunal. Aprovecha esa ocasión para deplorar la mala filosofía de los Romanos. «Qué poca previsión tienen á veces las gentes de talento! Luego se supo que la querrela de esos sectarios abyectos entrañaba el gran acontecimiento del siglo.» Renán parece creer que el procónsul de Acaia no tenía más que escuchar á ese tapicero para estar al punto advertido de la revolución espiritual que se preparaba en el universo, y para penetrar el secreto de la humanidad futura. Y eso es también, sin duda, lo que á primera vista piensa todo el mundo. Sin embargo, antes de decidir, veamos un poco de cerca; veamos qué esperaban uno y otro, y averigüemos cuál de los dos, después de todo, fué mejor profeta.

Primeramente, Galión creía que el joven Nerón sería un emperador filósofo, que gobernaría según las máximas del pórtico, y que haría las delicias del género humano. Se engañaba, y las razones de su error eran bastante claras. Su hermano Séneca era el preceptor del hijo de Agripina; su sobrino, el pequeño Lucano, vivía familiarmente con el joven príncipe. El interés de su familia y su propio interés, complicaban al procónsul en la fortuna de Nerón. Creía que

Nerón sería un excelente emperador, porque así lo deseaba. El error viene más bien de una debilidad de carácter que de un defecto intelectual. Por lo demás, Nerón era entonces un adolescente lleno de docilidad; y los primeros años de su principado no debían desmentir las esperanzas de los filósofos. En segundo lugar, Galión creía que la paz reinaría sobre el mundo, después del castigo de los Parthos. Se equivocaba, á causa de ignorar las verdaderas dimensiones de la tierra. Creía erróneamente que el *orbis romanus* se extendía sobre todo el globo, que el mundo habitable acababa en las riberas ardientes ó heladas, en los ríos, en las montañas, en las arenas, en los desiertos alcanzados por las águilas romanas, y que los Germanos y los Parthos habitaban el confín del universo.

Se sabe lo que tal error, común á todos los Romanos, costó de sangre y lágrimas al Imperio. En tercer lugar, Galión, bajo la fe de los oráculos, creía en la eternidad de Roma. Se equivocaba, si se tomaba su profecía en un sentido estrecho y literal. No se engañaba, si se considera que Roma, la Roma de César y de Trajano, nos ha dado sus costumbres y sus leyes, y que la civilización moderna procede de la civilización romana. Fué en el lugar augusto que ocupamos, en lo alto de la tribuna rostral y en la curia, donde fué deliberada la suerte del universo, y concebida la forma en la cual están los pueblos hoy todavía contenidos. Nuestra ciencia está fundada sobre la ciencia griega que Roma nos ha transmitido.

El despertar del pensamiento antiguo en el siglo XV en Italia, en el siglo XVI en Francia y Alemania hizo renacer la Eúropa á la ciencia y á la razón. El procónsul de Acaña no se equivocaba. Roma no ha muerto, puesto que vive en nosotros. Consideremos en cuarto lugar las ideas filosóficas de Galión. Sin duda, no poseía una física perfecta, y no interpretaba siempre con suficiente precisión los fenómenos naturales. Hacía metafísica como un Romano; es decir, sin finura. En el fondo no estimaba la poesía, sino por su utilidad, y se encariña-

ba, sobre todo con las cuestiones morales. No lo adulé, ni lo traicioné, al referir sus discursos. Lo he mostrado serio y mediocre, bastante buen discípulo de Cicerón. Habéis oído que conciliaba, en medio de pobres razonamientos, la doctrina estoica con la religión nacional. Siéntese que cuando especula sobre la naturaleza de los dioses, tiene la preocupación de mantenerse buen ciudadano y honrado funcionario. Pero, en fin, piensa y razona. La idea que se forma de las leyes que rigen el universo es, en su principio, racional y científica, y conforme en eso á la que nosotros mismos formamos. Razona menos bien que su amigo, el griego Apolodoro. No razona más mal que los profesores de nuestra universidad, que enseñaban la filosofía independiente y el espiritualismo cristiano. Por la libertad del espíritu, por la firmeza de la inteligencia, parece nuestro contemporáneo. Su pensamiento se vuelve naturalmente hacia la dirección que el espíritu humano sigue en esta hora. No digamos, pues, que desconocía el porvenir intelectual de la humanidad.

En cuanto á San Pablo, ese anunciaba el porvenir, nadie lo duda. Sin embargo, espera ver acabar al mundo por sus propios ojos y abismadas entre las flamas todas las cosas existentes. Esa conflagración del universo que Galión y los estoicos preveían en un porvenir tan lejano que no por ello dejaban de anunciar la eternidad del Imperio, Pablo la creía muy próxima y se preparaba para ese gran día. En eso se equivocaba, y ese error era por sí solo mayor, ustedes convendrán en ello, que todos los errores reunidos de Galión y de sus amigos. Lo que es más grave aún, es que Pablo no apoyaba esa extraordinaria creencia sobre ninguna observación, sobre ningún razonamiento. Ignoraba y despreciaba la ciencia. Se entregaba á las mas bajas prácticas de la taumaturgia, y de la glosolalia; no tenía cultura de ninguna especie. En realidad, sobre el porvenir, como sobre el presente y sobre el pasado, el procónsul nada tenía que aprender del apóstol, nada más que un nombre. Aun habiendo sabido